

LA VERDADERA ESPAÑA



MALOS mestureros — como dice el Cid — perturbaron a España, a nuestra España, que ha llegado a ser el nombre de una esperanza humana. Bajo la metralla y la sangre, España esconde todavía sus virtudes primaverales. Por eso es tiempo de resucitar el libro « Virgin Spain », de Waldo Frank, respuesta a las hienas y a los sedientos de malas noticias. Ese libro viene a decirnos: « ¡ Buena noticia! ¡ España renacerá Inmaculada! »

¿ No la había deshecho ya y enterrado en vida la llamada « leyenda negra », desquite del resentimiento contra su antiguo dominio imperial? Y lo singular es que, cuando este antiguo dominio acabó de venirse abajo, de tal modo su ruina era necesaria y saludable, que no dejó en los vencidos el rencor de una derrota, ni en los vencedores la jactancia de la victoria. En España, la guerra de Cuba provocó una benéfica reacción: la efervescencia revisionista de la « generación del 98 », antecedente inmediato de la Segunda República.

Porque una cosa es el sentido hispano de la vida — hasta hoy jamás derrotado, sino lanzado siempre a nuevos rumbos en busca de otras aventuras — y otra cosa es la configuración jurídica que se llama el Estado español, y que ha

vivido secularmente en continuo vaivén de pérdidas y ganancias, como acontece con todos los Estados.

De todas suertes, la noción de la decadencia de España — confusión entre lo espiritual y lo constitucional — vino pesando por varios lustros y ensombreciendo a los escritores españoles de nuestra época, que se preguntaban con angustia, sin duda porque aún no se asomaban a América o aún no tenían confianza en América: « ¿ En qué estriba la decadencia de España que los demás nos echan en cara? ¿ Cuándo empezó y a qué se debe? » Y justo es decirlo: nuestra América, que estrenaba apenas la toga pretexto, y en quien todavía no maduraba la serenidad de su independencia política, contribuía no poco en la acusación y en el denuedo. La lucha, manifiesta o tácita, entre los indigenistas y los hispanistas de nuestra América se prolonga prácticamente por todo el siglo XIX, y todavía asoma bajo las apariencias nuevas, como si la combinación de las especies espirituales se hubieran retrasado unos cuatro siglos respecto al mestizaje de sangres.

Sobre el tema de la decadencia de España ha caído un

por

ALFONSO REYES

Iguazú, un Niágara de tinta. Algunos la situaban en la triste hora en que los Reyes Católicos, los reyes caseros, desgraciados en su descendencia, dejan el paso a monarquías exóticas. Otros, en su irónica amargura, llegaban a preguntarse si tal decadencia no coincidía con el nacimiento mismo de España...

Y es que el problema está mal planteado. Generalmente se considera que la balanza oscila durante los dos siglos en que reina la Casa de Austria, de modo que la primera mitad sería de grandeza — más bien por el arrastre adquirido — y la segunda de decadencia, prolongada hasta nuestros días. Ya Cánovas atribuía la decadencia a una desproporción quijotesca entre los medios y las pretensiones; otros, a la esterilidad de las tierras, antes juzgadas feraces y luego tan áridas, que el lector desprevenido se desconcierta al encontrar descripciones de la Castilla fértil en páginas de la Pardo Bazán. Otros atribuyeron el mal a la intolerancia religiosa, que sacrificó todo en aras del

Catolicismo, con consecuencias tan deplorables para la riqueza nacional como la expulsión de los judíos en el siglo XV y la de los moriscos más tarde. Otros lo atribuyeron a las continuas guerras en que creen ver a España empeñada contra media Europa, sin considerar que aquellas expediciones profesionales de los príncipes no eran todavía luchas de pueblos. Otros lo atribuyen a la colonización de América y la consiguiente despoblación de la Metrópoli. Otros, a la pecadora absorción del oro y la plata americanos, que llevó al abandono del trabajo y la industria y al consiguiente empobrecimiento del pueblo, hecha cuenta de las piraterías de los Drake de todos tiempos, que mermaban el tesoro de los galeones, y hecha cuenta de las sutiles succiones por la vía legítima del comercio.

Así nuestro Ruiz de Alarcón se hace eco de semejantes quejas en pleno siglo XVII: «...con su «holanda», el extranjero saca de España el dinero para nuestros propios daños. (La verdad sospechosa, I, III, 266-68.)

En todas estas consideraciones pesimistas hay, como hemos dicho, una confusión entre lo hispánico y el organismo político que hoy llamamos España. Pues tal organismo cuenta en la actualidad doscientos cuarenta años, ni más ni menos — suponiendo que lo actual sea lo mismo que dejó Alfonso XIII —, y dista mucho, desde el nacimiento de América, de ser la única promesa de lo hispano en el mundo. Comenzó exactamente, tras una larga guerra de sucesión, en el reinado de Felipe V. Hasta entonces, sólo hubo en España un conglomerado de Estados independientes, aunque bajo un soberano común, los unos peninsulares y extrapeninsulares los otros, todos divididos por rivalidades y recelos. Así bajo Carlos V y bajo Felipe II y sus sucesores, hasta la muerte de Carlos II. El que los Reyes Católicos hayan realizado la unidad nacional es un modo de decir. El descubrimiento de América se hizo « por Castilla y por León » y a Aragón no

• Pasa a la página 15 •

UN MILLÓN DE NIÑOS SIN ESCUELA

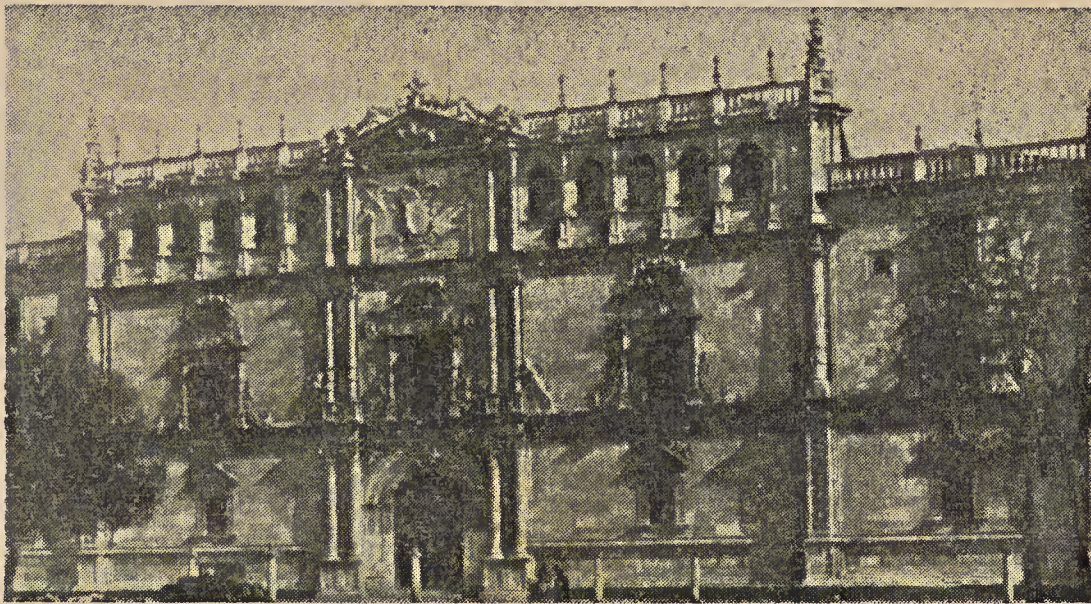
UNA información del diario « Arriba », órgano central de la Falange, ha planteado el problema de la primera enseñanza en los siguientes términos:

« Se calcula que hay actualmente en España una población escolar, en edad de seis a doce años — es decir, los límites que marca la ley de Enseñanza primaria —, de unos cuatro millones de niños aproximadamente. Los centros docentes primarios — oficiales y no oficiales — que hoy existen en todo el territorio nacional pueden dar cabida a unos tres millones de muchachos, quedando, por tanto, más de un millón de ellos fuera de la capacidad actual de dichos centros. »

Para resolver el problema de una vez habría que emplear unos 5.000 millones de pesetas, que es el coste de las escuelas y viviendas para maestros.

Esta cantidad habría de invertirse a lo largo de un decenio, a razón de 500 millones por año. Pero el déficit de

escuelas, en vez de disminuir, promete seguir aumentando, ya que el régimen actual prefiere invertir esos millones en obras suntuosas y de ninguna utilidad, como el ya célebre monumento de los Caídos, de Cuelgamuros, o en petrechos militares y el incremento de las fuerzas policíacas, cuyo presupuesto es notoriamente superior al de la instrucción pública.



La Universidad de Alcalá, reedificada en 1543 bajo la dirección de Gil de Hontañón.

EN ESTE NUMERO

Textos de Rodolfo Rocker, Waldo Frank, Jean Rostand, J. Chicharro de León, A. Vidal y Planas, J. Cañada Puerto, Emilio Ruiz, Francisco Frak, Julio de Huici, F. Ferrándiz-Alborz, Campio Carpio, J. García Tella, etc.

LAS NACIONALIDADES ESPAÑOLAS

por L. Carretero y Nieva

LUIS CARRETERO Y NIEVA ha sido una de las más nobles figuras de nuestra emigración, aunque su nombre no haya estado vinculado a la política profesional o de escaparate. Ingeniero industrial, perteneciente a la generación de teóricos o técnicos que comenzaban a impulsar el progreso material de España, nutrido de una gran pasión por la ciencia y la democracia, nada de lo referente a los problemas nacionales le era ajeno. Había comunicado su saber y su curiosidad a sus hijos, sus ideales de libertad también; uno de ellos, Ricardo, ingeniero industrial como su padre, murió en la defensa de Madrid, y otro Anselmo, continúa la tradición paterna. Como se dice en Francia, «una familia de élite», de intelectuales al servicio de la justicia y del progreso de su país.

Leímos algunos de los trabajos que constituyen este tomo cuando fueron publicados en la revista mejicana *Las Españas* (el intento de publicación de más valor que en la emigración se ha realizado para dar carácter de permanencia a la civilización española y que, para vergüenza de todos, no ha podido proseguirse con regularidad); pero nuestra vida moderna nos obliga a leer velozmente las publicaciones periódicas. Después aparecieron en folleto. Finalmente, se han editado en un volumen, preparado revisado, anotado y ampliado por su hijo Anselmo, «con adiciones que hubiera escrito el autor, bien porque son ideas suyas expuestas en diversas ocasiones, o porque escritas y dichas por mí en otras, estubo de acuerdo con ellas». Y la edición lleva un prólogo del que estaba más autorizado para hacerlo sobre el tema: Bosch Gimpera.

Se ha escrito mucho sobre el problema de las nacionalidades españolas, pero según estando mal definido. Basándose en viejas tradiciones y también en estrechas concepciones, a veces más inspiradas en egoísmo local que en profundos sentimientos, se trataba y se trata de oponer regiones a regiones rompiendo una unidad que el desarrollo material durante siglos ha consolidado ya. Como el bárbaro unitarismo español ha sido la causa en sí de la decadencia peninsular y de toda negación de libertad a las nacionalidades y a los individuos, los intelectuales españoles avanzados adoptan ante la exacerbación de los nacionalistas una posición de «aceptación comprensiva» que cultiva todo un equivoco y puede preparar la secesión de una época de internacionalización general.

Carretero y Nieva, por su cualidad de ingeniero, conocía detalladamente todas las regiones españolas y sus pueblos, que había recorrido adelantando en el conocimiento de sus habitantes, de sus costumbres. Se había entregado a estudiar todos los datos del problema. Había llegado a sus propias conclusiones, con un criterio amplio y con un gran acierto de interpretación. Para él, España debe considerarse como una comunidad de pueblos. Basta estudiar las invasiones más remotas y lo que éstas dejaron, como se han ido formando las nacionalidades españolas, como las costumbres se han implantado y persisten. La convivencia no será posible sin el respeto y la libertad de cada pueblo en la vida común y en sus preferencias.

Pero también: «La nacionalidad española es el resultado de una comunidad histórica sobre el suelo peninsular, comunidad de desarrollo que ha ligado a todos los pueblos de España en un destino común. Para mantener y vigorizar esta nacionalidad, nacionalidad de esta superación o comunidad de pueblos, habrá que derrocar primero a los actuales grupos dominantes, enemigos de todos los pueblos españoles. Libres éstos de sus opresores seculares, se creará una convivencia que, por síntesis de lo mucho que tienen de común, dará como resultado una firme nacionalidad, salida de las propias entrañas de sus pueblos, pues los movimientos llamados separatistas de algunas colectividades españolas pueden explicarse por la resistencia a que se les junte en un Estado que nada tiene de verdaderamente común con las nacionalidades ibéricas».

Y Bosch Gimpera expone en el prólogo la buena doctrina: «Si España no es el conjunto de todos sus pueblos y no se concibe como algo formado por todos ellos con igual dignidad, si no se logra encontrar una estructura en la que ninguno se sienta sometido o dismi-

EL LIBRO *yla crítica*

por Emilio RUIZ

LA estructura de la obra, gran formato, texto muy nutrido y el aval de la cubierta: «Ouvrage publié avec le concours du Centre National de la Recherche Scientifique», confunden en su expresión externa y dan la impresión de que se trata de una obra de valor científico que, elaborada en el extranjero, puede dar una interpretación libre de los acontecimientos históricos estudiados. Juicio sobre ellos no falta a veces, pero hubiera sido mejor dejar hablar espontáneamente a los hechos después de bien expuestos. En realidad, escrito con la facilidad periodística, más que con el pensamiento y la erudición del historiador, este libro es, de hecho, una cronología de los acontecimientos a que se refiere, mas bien que lo que propiamente se llama una historia en el sentido moderno de su concepción.

El autor divide el período que reseña en dos épocas: la revolución burguesa (1789-1868) y *Hacia la revolución social* (1868-1950), lo que, desde luego, ya es un tanto arbitrario, por lo menos en dar por terminada la revolución burguesa en 1868. Esas definiciones tan concretas y ambiciosas son siempre atrevidas, sobre todo cuando además de las papeletas de la cronología no se poseen los conocimientos teóricos necesarios para interpretar los fenómenos políticos.

Más detallada desde el punto de vista informativo que otras historias (incluso que la última de Ramos Oliveira publicada en México) hasta la dictadura de Primo de Rivera en 1923, a partir de esta etapa histórica la obra se resiente incluso de la cronología. Las escasas estadísticas económicas están lanzadas a voleo sin aprovechamiento. Paralelamente a las crisis políticas y sociales no aparece el desarrollo de las ciencias, de las letras y de las artes que forman también parte de la historia de una

nación. Ningún reflejo de eso que se llama ya la «edad de oro liberal» (período de 1898 a 1936) en que la cultura española conoció un esplendor que no se había manifestado desde hacía siglos.

En su propósito de apórtarnos hasta la historia más reciente (incluso hasta el año 1950), el autor abarda los años que precedieron a la guerra civil de 1936-39 y la propia guerra. Quizá es aún demasiado pronto para escribir ese período, aunque su necesidad se deja sentir; quizá sólo es posible todavía iniciar ensayos. Pero por demasiado cerca de nosotros, por haber sufrido la guerra en nuestra sangre y nuestra carne no podemos transigir con que se falsifique. Y esto es lo que suavemente, con un fingimiento de objetividad histórica y una hipocresía de «progresista», hace el señor Bruguera, nimbando de acierto a stalinianos y satélites y lanzando barro sobre los demás. Así, por ejemplo, sobre las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona, leemos: «Pendant cinq jours les antifascistes s'entretenaient (5 au 10 mai). Franco affirme que ce résultat était dû à l'action de ses agents». Esto equivale a tratar de hacer prosperar una infamia de la manera más perversa. Dicho movimiento, es decir el auténtico proletariado catalán defendiendo sus libertades, no ha sido todavía, desgraciadamente, estudiado ni explicado en toda su trascendencia, pero es una de las páginas más ricas en enseñanzas de la historia del proletariado internacional. En todo caso, fue el glorioso antecedente español de la heroica sublevación de los obreros berlineses en junio de 1953.

Dos perlas más de la objetividad de nuestro historiador: «En Catalogne et une partie de l'Aragon, on en arriva à une dictature de la CNT-FAI, au moyen des comités locaux. Le PSUC, d'obédience communiste, détruisit l'ancien équilibre des forces, par son développement foudroyant, au désavantage du POUM et de la CNT-FAI. Le PC et le PSUC se mirent carrément au service du gouvernement. Aussi deviendront-ils les auxiliaires les plus précieux de l'œuvre de réorganisation...». Y sobre la Junta de Madrid: «Negrin essaya de remonter le moral, mais il se heurta aux partisans du compromis. Aussi dut-il s'enfuir, lorsqu'une Junte, présidée par le colonel Casado, prit le pouvoir à Madrid. Son but était d'écraser les communistes et de se présenter devant Franco comme des anti-communistes au même titre que le Caudillo. Or Franco ne voulut pas écouter Casado. Les communistes se défendirent et la guerre éclata entre républicains, tandis que les franquistes occupaient Madrid, sans brûler une amorce (28 mars). Casado, Carrillo et les autres membres de la Junte, sauf Besteiro, sauvèrent leur vie, grâce à des saut-contruits franquistes, et s'embarquèrent sur un navire anglais». Verdaderamente... así se escribe la historia!

Esto no quiere decir que la obra carezca de toda utilidad en lo que se refiere a referencias, principalmente al último cuarto del último siglo y al primero de éste. El criterio informativo se manifiesta como sospechoso y parcial a partir de cuando el autor toma como propias referencias las que le facilitan los falsificadores patentados de la historia: sus amigos o afines políticos.

EL PREMIO NADAL DE 1954

ESTE año la concesión del «Premio Eugenio Nadal 1954» ha dado lugar a mayor número de votaciones que años anteriores. Nada menos que siete votaciones han precedido a la concesión. Es cierto que también este año se ha tratado de dar un mayor brillo y trascendencia al acto, reuniendo a jurado y asistentes en un gran banquete en el Hotel Oriente, de Barcelona. La publicación de la novela premiada nos dirá si ha valido la pena el reclamo en torno a la votación.

Como es sabido, al contrario de lo que sucede con los premios literarios franceses en los que se votan sólo novelas ya impresas, en el «Premio Nadal» el dictamen del jurado es sobre manuscritos, o sea sobre novelas inéditas. El

bien a Villalobos, de Francisco Alcázar, con cinco votos, y *Días turbulentos*, de Angel Oliver, con dos votos. El Premio fue concedido a la primera, por mayoría de votos.

Cuando salga de las prensas *La muerte le sienta bien a Villalobos* haremos la correspondiente nota crítica, como así también de *Días turbulentos*, que se clasificó en segundo lugar en el concurso.

EL CASTELLANO Y LA ACADEMIA

CACHETE. — Esta palabra era muy frecuente en Madrid (y debe seguirlo siendo); sin duda que lo es también en otras partes de la península, pues amigos de distintos lugares me dicen que la voz no le es desconocida y que incluso con esa apelación recibieron algún soplamocos en su niñez.

La Academia, que está en Madrid, no consigna el «cachete» en la edición XVI; Allá ella! Esperemos que no haya omitido estas otras voces, todas más o menos de significación similar: pescozón, bofetada, torta, chuleta, lapo, mojicón, cosque, felpa, azote, castaña, testarazo, porrazo, golpe, hostia sopapo, guantada, coscorrón, jeñío, metío, etc.

CANONJIA. — La Academia (edición XVI) da a esta voz la significación de «Prebenda del canónigo», siendo así que debiera ser «cargo, función, ministerio del canónigo». Dicha voz se emplea sobre todo en expresiones como ésta: Al cura don Fulano le van a dar una canonjia en la catedral de...

Por otra parte, en la misma edición se da la palabra canonicato como sinónimo de canonjia.

Es posible que ser canónigo sea una prebenda, o una canonjia, es decir un momio (que de esta última voz son sinónimas las otras dos, y así lo consigna la Academia); pero explicar el canonicato o la canonjia por prebenda, sin aludir al cargo, equivale a aludir solamente a la renta que el cargo lleva consigo.

LOGOFILO.



jurado estaba integrado por Ignacio Agustí, Juan Teixidor, José Vergués, Juan Ramón Masoliver, Nestor Luján, Arbó y Vázquez Zamora. El Premio consiste de setenta y cinco mil pesetas.

En la primera votación obtuvieron votos más de treinta manuscritos. En las otras cinco fueron eliminándose novelas, quedando enfrentadas en la séptima y última votación: *La muerte le sienta*

Leed la revista mensual

CENIT

Ciencia - Sociología - Arte

4, rue de Belfort, Toulouse

ESTA CAPA QUE ME TAPA

No hay límites en la aspiración de absoluto. Si la reflexión no nos pone unos pesos de hierro en los pies, perdemos tierra, y nos elevamos, nos elevamos... Y lo peor de todo no es lo de elevarse, lo de desconectarse de ciertas realidades. Aunque ello parezca encerrar contrasentido, lo totalmente perfecto sería elevarse... sin elevarse, esto es: sin perder tierra. Espero que se me comprenderá. Y digamos de pasada que este mecanismo simplista de la psicología española, considerada ésta por un lado, funciona igualmente cuando las excitaciones son de orden interno, en las inspiraciones. La aspiración del español, provocado desde fuera o por dentro, es un objeto propio suyo, de uso personal, como su pañuelo.

Parece que aquí cuadra bien recordar al hidalgo, a este encapado de suprema cuantía. En su origen hijo de unas hane-gadas de tierra de pan llevar, de unos olivos o de unas viñas, será después, a lo largo de varios siglos de perfeccionamiento del menester, del oficio, profesión o ministerio de hidalgo, algo más que un elemento social medianero entre nobleza y gente de la gleba. Será, ha sido, el encapado por excelencia, el rey de reyes. Frente al señorito, tipo cristalizado quizá a lo largo del siglo XVIII, y frente al chulo operetesco clásico de hace entre cincuenta y cien años (pero que es tipo de tradición nonnata, de puro viejo, y, en el fondo práctico, no más nuestro que húngaro o inglés), está el hidalgo. Aquellos y éste polarizan, en cierto modo, en caricatura y en sublimidad, las dos maneras menos corrientes, menos ordinarias, de encaparse.

El hidalgo llega a ser el espécimen perfecto, el modelo más logrado del hombre-rey, y ello por las circunstancias que rodean su condición de hijo de algo, de hombre principal del lugar; y la aparición del hidalgo cumplido en el mapa político español responde a la perfección a lo que se desea para encarnar al «hombre de pro», expresión que ya circulaba en el lenguaje, más que como cosa concreta, como entidad metafísica. El hidalgo será, sobre todo a partir de la época caballeresca cortesana, una función. En los pueblos y aldeas, el hidalgo *ab initio* o el noble descendido a hidalgo por artes de la mala fortuna, incluso el pretendiente de hidalgo, son una aspiración constante a lo perfecto social en la unidad humana local. Y los detalles de lugar ayudarán al mantenimiento de la institución, pues que, de hecho, el hidalgo es ya, en buen sentido de la palabra, reyezuelo comarcal, reyezuelo villano. Poco importa que decretos y pragmáticas hagan distinguos de hidalguía; el verdadero hidalgo, el castizo hidalgo, no es el de trabajada ejecutoria, el pleiteador cortésano, sino el hijo de los cuatro celemines y de sus propias obras, frecuentemente hidalgo de privilegio, siempre hidalgo de bragueta, o de gotera, o de solar obscuro; hidalgo, hidalguete, hidalguillo..., pero todos en trance de constante aspiración, moviéndose en todos sentidos de abajo hacia la altura. En una palabra, y por hablar con el lenguaje de hoy, hidalgo popular.

Creemos que, de los dos hidalgos más generalizados: Don Alonso de Quijano y el aspirante Pedro Crespo, es el primero el que mejor responde al tipo de hidalgo que queremos contornear. Nuestro hidalgo es más pobre que muchos pobres del lugar, porque, no pudiendo (! bueno fuera!) trabajar a soldada en casa de amo (en casa de aquéllos que, andando el tiempo, han venido a ser hijos de algo más, de mucho más que el hidalgo viejo; en casa de un Camacho cualquiera), lo que su menguado patrimonio le produce no le basta para satisfacer con holgura sus necesidades parentorias, contadas por tales las «de representación», naturalmente inherentes al rango; por eso el hombre comerá de viernes casi todo el año, dejando salpicones y palominos para los días de gordo repique, y liebre y perdiz para los días de caza lograda. Se le ve poco callejeando, porque ir acá o allá sería prodigarse; y, si es poco hombre de visitar él mismo, lo es aún menos de ser visitado, que las frecuentaciones descubrirían aquellas de sus interioridades que hay que ocultar a toda costa. En la iglesia tiene sillón de preferencia cerca del presbiterio, y el cura no co-



TEMOS ahora nuestro discurso con la afirmación que alude a la psicología de aspiración (1). Se trata, naturalmente, de una aspiración de absoluto, de lo total, facilitada por esa imaginación que predomina de lejos, de muy lejos, sobre el elemento reflexivo que debe acomodar realidades e impulsos. Así, sin este freno, el español, que tan fácilmente se endiosa, ¿por qué no iba a sentirse rey? (digo bien: «sentiría» y no «creería»). Y, como «del dicho (o del sentimiento) al hecho hay poco trecho», los primeros españoles encapados, que tenían la capa por ornamento real, se sintieron reyes o pensaron que la capa cuadraba bien a su realeza de hombres, de hombres-reyes; no de reyes de esos que gobiernan repúblicas, sino de gentes reales, o de «real gana». Lo de capa de rey es un símbolo; la capa es manto de rey interior, de rey absoluto y de absoluto, de rey personal. ¿Qué más, sino que hasta esa caricatura de los encapados que eran el señorito cuarentón y el chulo o «jaque» — otra palabra de realeza — de fin de siglo, con sendas capas, respondía bien a esta idea de capa o monto real, de realeza interior? Uno y otro iban diciendo con su indumento capero, al pasar: «Mirad quién va por aquí. Ved quién soy yo».

por **J. Cañada Puerto**

menzará el oficio sin que el prohombre esté ya en su puesto; bien es verdad que el personaje es puntual, sin acudir antes que los otros, que deben esperar, ni demasiado tarde, por no retardar el servicio de Dios ni parecer jactancioso. En su trato, jamás olvida que es y debe parecer gran señor: habla siempre en tono protector, pero con afabilidad, evitando las llanezas, que darían al traste con todo el tinglado; aunque, allá en su interior, los ricachos del lugar lo detestan, porque dicen que es hombre demasiado orgulloso para tener tan pocos pegujales (aunque, en realidad, por que es ejemplo de carne y hueso de suprema aspiración), lo halagan cuando está delante, envidian su condición y lo respetan; los Camachos quisieran ser hidalgos, que esto de la hidalguía es cosa comunicativa y pegajosa. El hidalgo podría poner cátedra y «andarse predicando por esos pulpitos» — cito de memoria —, pues, aunque no es hombre de letras, porque es más bien hombre de armas tomar, cree poseer los conocimientos necesarios para no recibir lecciones en materia religiosa, incluso del cura, y saber todo lo que hay que saber de las demás cosas, esto es: de España y de su monarquía; la ciencia del hombre de hidalguía no tiene por qué salirse de estas dos materias. En realidad y en materia de monarquías, el hidalgo conoce dos: la suya, la en que él es rey, y la otra, demasiado abstracta a causa de su lejanía nacional; la monarquía del terruño es su elemento, bien concreto, mientras que la gran Monarquía es casi materia teológica, de misticismo, de gran aspiración, por lo que siempre hablará de ella con exaltación heroica. Si su austeridad en cosas de condumio le obliga casi constantemente al potaje de los días de mortificación por precepto, en cosas de vestimenta es algo menos severa, es austeridad de recosidos y jamás de remiendos. La capa, que todo lo tapa, se

encargará de lo demás. Ella es el supremo decoro en la disimulada miseria. Ah, si el hidalgo pudiera llevar sobre sus hombros una de armiño, en las grandes ocasiones, como diz que la llevan los otros reyes! En verdad que no hay un encapado más patético que el hidalgo.

De todas las realidades, es la de su propia existencia la única que interesa al español, a este aborto de su yo, a este cautivado o, más bien, cautivo de su yo; como que con ella se encierra a solas y con ella se solaza o se martiriza, viviendo sólo para sí mismo. Por eso todo contacto con el exterior es un conflicto, una lucha de imposible acomodación. ¿Por qué el español es así? Vaya usted a saber... Lo cierto es que el español pasa la vida a mirarse su ombligo interior. Si creyéramos, si se supiera que el tipo medio humano está fuera de España, diríamos que al español le falta algo; algo, esa aptitud para ver más lejos de sus narices interiores, para ver sin extrañezas ni soliviantos, con comprensión, las cosas que pasan fuera de él, del lado de fuera de su capa. En las cosas de capa afuera, ante ciertas realidades que se imponen, el español reacciona con mentalidad infantil, si enjuicia, y con movimientos ciegos, si obra, a menos que dé por inexistentes esas realidades y haga de ellas caso omiso. No tienen, pues, las escapadas del español al exterior sino un alcance superficial, una expresión puramente lírica; el español es hombre de aprehensiones, de cómo y no de porqués, y ve lo del lado afuera de su capa con ojos de pintor de bodegones. Lo más seguro es que el español se proyecta al exterior, sobre las cosas; aun fuera de sí mismo, el español parece seguir contemplándose.

En la imposibilidad de llegar al origen de estas tendencias, ni siquiera de ahondar un poco en sus raíces, lo único que se puede hacer es considerar el or-

ganismo puesto ya en marcha, ver lo que pasa por dentro de la capa, sacando de esta consideración la justificación de lo que, más que egolatría, parece egocentrismo de las gentes de nuestra tierra; y esta justificación parece posible y juiciosa, razón por la que la vamos intentando.

No pudiendo hallar una fórmula satisfactoriamente precisa, al hablar del español como hombre de realidades nos vemos obligados a hacerlo en símbolo; y el de la miopía nos acude espontáneamente: ocurre como si el español, frente a las realidades, fuera miope. ¿Quiere esto decir que al menos considera bien el objeto más cercano de su visión, su propia existencia? Ni por esas! Parece que el español de capa adentro es tan hombre de aprehensiones como el de capa afuera, y que no es el deseo de hacer introspección el que le lleva a atrincherarse en su interna limitación; frente a su propia realidad, el español reacciona, como frente a las realidades de fuera, de una manera lírica. De todos modos, este hecho es evidente: el español sufre una toma de conciencia exacerbada de su existencia. En esta toma de conciencia, el elemento reflexivo es paciente, y la propia conciencia parece imponerse desde fuera, como si no hubiera máquina que la procurara, o sobreponiéndose a esta máquina, si la hubo. En su interior, algo inminente le dice al español: «Tú, tú, tú...»; y el español de dentro se repite: «Yo, yo, yo...» con la machaconería de un loco en trance de tema pertinaz, con la angustia de un maniaco de persecución. Siente el español esta metafísica trascendencia de su ser y de su vivir con tal intensidad, que parece abrumado por ella; de aquí que la primera intimidad del español sea ya un drama, drama que va a complicarse después, cuando, sin poder adaptar a las cosas un «yo» tan patético, ni saberlo dejar de lado ocasionalmente, tenga que marchar con tan terrible peso a rastro: que el «yo» sería menos trágico sin este grave inconveniente de su inadaptabilidad. Esta inadaptabilidad está puesta en evidencia por la concatenación lógica del léxico sonoro o del soliloquio de los españoles, en los que advertimos una espontaneidad vertiginosa en la asociación de las ideas, derivaciones frecuentes hacia lo accesorio, etc., lo que conduce a la divagación, a la sutileza, a la búsqueda tenaz de la quinta esencia de cada cosa... Encontrarse con un yo fatídico, eje de nuestro universo exclusivo existencial, que os domina, que os ahoga, que os atosiga, y no saber ni de donde viene, ni adónde va, ni qué hacer con él, he ahí el mayor suplicio que puede tener un ser humano.

Simultáneo a la conciencia de su yo es el sentimiento de la excelencia de ese yo; descubre el español el cosmos de su persona y automáticamente abrumado por la descubierta, lo encuentra magnificado; más aún, ya no vivirá sino en ese yo; su yo es mundo único, que excluye, que borra el resto de todas las otras existencias; sólo el yo propio tiene substancia... Obligada la unidad humana española a pensar y a obrar, y no pudiendo, para hacerlo, prescindir de ese yo, pensará y obrará a través de él; de ahí viene quizá el mal encaje del español en las cosas y ese sentido heroicamente digno y grandioso de sus prospecciones fuera del yo, por dentro y por fuera de la capa; de aquí viene quizá esto de que el español se mueva siempre como un vate, como un inspirado, como un portavoz oracular de ese yo de perfección que nosotros le acordamos, por querer hallar un principio inmediato al complejo de su carácter.

Aunque este yo tan... imponente no sea sino el resultado de una visión, como el español lo ha hecho carne de su carne, ¿qué cosa más natural que lo cuide como a las niñas de sus ojos, que pretenda imponerlo contra todo y contra todos, que lo defienda con apasionamiento? («Noli me tangere! Yo no soy yo, sino «mi yo»»). Honradme, pues! Y ya estamos de nuevo en la expresión que, a nuestro parecer, responde mejor al yo humanizado y proyectado por dentro y por fuera de la capa. En la expresión «hombre honrado» va ya establecida, aceptada, aquella obligación de pleitesía. Nada parecido en las otras lenguas de estas latitudes (al menos, que sepamos): el *gentleman*, el *reliable man*, el *ehrlicher Mann* o ein *vollkommener Biedermann*, el *onorevole*,



La capa (reproducción de una vieja estampa).

● Pasa a la página 6 ●

(1) Ved *Suplemento Literario* del mes de febrero.

RAFAEL BARRETT



« Indudablemente Hoffmann tenía razón, y el lector occidental protestará ante tan humilde contricción. ¡ Nuestra literatura, con mucha frecuencia matizada de españolismo, nos enseña tanto a ver la nobleza de carácter en el no olvido de la injuria !... »

André GIDE : Dostoiewski.

RAFAEL BARRETT, conciencia moral de su tiempo, no se le puede valorar debidamente como escritor, si no se tiene en cuenta la tortura humana de su inteligencia ante las injusticias. Era, como se dice ahora, un escritor de literatura comprometida. No perdonaba la injuria del hombre al hombre, de la sociedad al hombre, del hombre contra la sociedad, de una sociedad contra otra sociedad. Era todo lo contrario a un místico religioso a estilo ruso, tal como se desprenden de los grandes escritores rusos, que renuncian a su condición de hombres, humillándose hasta la abyección como único camino de salvación eterna ; ni tampoco al estilo del español Miguel de Molinos con su quietismo anulador del alma humana. Barrett era un auténtico occidental, místico, si acaso, del hombre como voluntad suprema, convencido de que la injuria rebaja al hombre que la soporta sin protesta. Quería exaltar al hombre hombre, y lo exaltaba en sí mismo como ejemplo exaltativo para los demás.

por F. FERRANDIZ-ALBORZ



Barrett, grabado de Audivert.

Hijo de inglés y española, nacido español en Santander, como lo declara al ingresar, en enero de 1909, en el hospital « Fermín Ferreira », de Montevideo, Barrett asoma en los salones madrileños como figura de relieve, por su apostura física y por su inteligencia. Su posición económica le conduce al trato de las clases adineradas ; es un aristócrata más a quien la aristocracia mira con desdén por ignorar sus abolengos. Pero lo que más odia la aristocracia española es su inteligencia. Pagada de lo que llama su sangre — y vaya uno a saber en qué consiste su pureza — odia la pureza espiritual ésta sí, de pura sangre. Se difamó a Barrett, en lo más preciado de su orgullo, su hombridad. Ni corto ni perezoso, Barrett previó certificado médico de su viril configuración masculina. se dirigió al palco donde se hallaba el calumniador y con una fusta le rajó la cara a golpes. De su sangre española había aprendido a no olvidar las injurias.

Pero la violencia había roto el encanto de su mocedad. Salíó de Madrid como quien sale de un antro de miseria. La clase a la que se creía vinculado, por considerarla, en el sentido etimológico de la palabra, lo mejor, le dió náuseas. Quiso mancharle a él de lo que es patrimonio de ella, de los ociosos, de los aburridos, de los sin destino por vicio.

Llegó a Buenos Aires en 1903. América era y continúa siendo « refugio y amparo de los desesperados de España », como va Cervantes lo proclamara en « El Celoso Extremefio ». ¿ Consolaría América su desesperación ? Lo que hizo fué acentuarla. Si en Madrid se le sublevó la sangre y vengó la injuria que le hizo un bellaco con título nobiliario, en Hispanoamérica vió injuriado el rostro de la humanidad toda en la figura de cada hombre humillado y ofendido. Y él no era un egoísta. Todo lo contrario. Se distinguió siempre por su espíritu solidario con todos los perseguidos, con los acosados por el hambre y el odio de los hombres. Y arremetió contra todas las inmundicias. Hizo de su pluma daga ; y qué daga ! Pocas tan bien labradas, tan incisivas, tan justicieras, tan suaves a la vez. « Se necesita tan escasa energía para mover la pluma — dijo — que escribiré hasta el fin ». Y cumplió su promesa. La muerte le sorprendió con la pluma en la mano, la mirada sedienta de verdad en el vacío, su pulso roto por la angustia de las injurias que no podía ajusticiar.

Fué un hombre desdoblado en escritor a quien Hispanoamérica conquistó para descubrirse en su realidad humana, de tierra y de mensaje. Como lo que más le preocupaba era el hombre, fué en su busca a la ciudad y al campo. Fruto de su observación ciudadana son sus « Moralidades Actuales ». Serían suficientes las cinco primeras palabras de su primera nota, para comprender su estilo sentencioso, categórico, activo, impulsivo, resolutivo, sustantivo, al decir : « La vida es un arma ». Todo lo demás, su ciencia y su filosofía, su vida y su arte, fluyen de estas palabras iniciales, con el afiebrado sentimiento de hacer de su vida un instrumento al servicio de la verdad y la belleza. Y agrega : « Es preciso que el hombre se mire y se diga : — Soy una herramienta. Traigamos a nuestra alma el sentimiento familiar del trabajo silencioso, y admiremos en ella la hermosura del mundo ». Terminando el párrafo con estas palabras : « Vivimos por nuestros frutos ; el único crimen es la esterilidad ». La sentencia bíblica, precepto cognoscitivo, « por sus obras los conoceréis ». Barrett la convierte en realidad del ser. Fuera del crear, no hay vida.

Esta filosofía nos conduce de la mano a la superhumanidad de Nietzsche, a la moral pura de Guyau, al fundamento de la personalidad de Ibsen, a la comunión espiritual de Tolstoi. En estas afinidades observamos principios antagónicos, pero la integración de ellas en una concepción armónica, nos podría dar las múltiples facetas espirituales de Rafael Barret. Pero en él hay además, el sentimiento alerta de su propia inteligencia, como muy bien lo señala en la impresión que nos ha dejado del doctor Carlos Vaz Ferreira : « He aquí el más raro de los filósofos : un filósofo de buen sentido ; el más raro de los lógicos : un lógico en guardia siempre contra su propia razón ». Y aún más, su amor al renacer de la vida intelectual hispanoamericana, fundido ya a la patria de su dolor de hombre solidario. He aquí unas palabras suyas sobre Rodó : « Temo que Rodó, a pesar de su Ariel, no sea conocido en el Paraguay, donde circulan muchas sandeces europeas, sólo por ser europeas, mientras se ignora tal vez lo mejor de la actual literatura

sudamericana. Aquí se canturrea todavía a Núñez de Arce, y no se ha saboreado al argentino Almafuerte. Pensad que se trata ahora del primer crítico continental. No perdáis la ocasión de enriquecer vuestra inteligencia y sobre todo vuestros sentimientos y vuestro carácter ». Certero psicólogo, conocedor del mal de Hispanoamérica, insiste sobre el vacío de nuestra alma individual y colectiva : la falta de sentimientos, en un medio sentimental hasta lo patológico, y la falta de carácter, donde tanto se presume de personalidad, y no hay personalidad sin carácter.

Sus series de notas bajo el título « Diálogos, Conversaciones y Epifonemas », « Mirando Vivir », « Ideas y Críticas », « Ensayos », « Al Margen », cumplieron una misión pedagógica ciudadana, despertando nuevas inquietudes intelectuales en aquellos años del primer decenio del siglo. Pero su principal magisterio fué de dignidad humana, de solidaridad con los oprimidos, de alientos a la justicia. Se entregó íntegro a su pasión de hombre para el hombre. Su palabra le movía la fe y ésta le brotaba por una necesidad incontinente de despertar en los hombres inquietudes nobles a las cuales entregarse en función misional.

Y su valor, su entereza de carácter. Un tiranuelo, vergüenza de América — hoy multiplicados como en los días de Barrett — le amenazó revólver en mano, para que se tragara un papel que había escrito. Barrett, mientras lo fulminaba con la mirada, le dijo : « Lo creía a usted todo menos cobarde ». Rufo Blanco Fombona lo describe con estas palabras : « Personaje quiétesco, anostólico, de la familia moral y desinteresada de San Francisco, de Jesús, pero con más energía y sin esperar nada de ningún dios ».

Conveniente es evocarle en una etapa de su misión social que a la vez lo fué de escuela literaria. Ahora que tanto se habla de « La Voragine », de Eustasio Rivera, como testimonio de las explotaciones inhumanas de las caucheras ; cuando se habla de « Tungsteno », del peruano César Vallejo, para denunciar la explotación de los mineros bolivianos ; de « Nuestro Pan », del ecuatoriano Enrique Gil Gilbert, señalando la explotación de los plantadores de arroz en la tierra caliente, se olvida que Rafael Barrett es un precursor de la literatura social con sus libros « Lo que son los verbales » y « El Dolor Paraguayo ». Su verbo polémico rehúsa toda ficción, por eso no desembocó en la novela, si bien sus « Cuentos breves » anunciaban el eximio narrador que latía en su estilo.

Embarcó en Montevideo para morir en Europa, lacerada el alma por el dolor que dejaba herido de muerte su pecho por las miserias con que la vida le había pagado su anostolado de lucha. Tuvo el respeto y la estima de los mejores y la indiferencia de quienes se empenaban en redimir. Fué de un profundo y purificador pesimismo. Lo había sorbido literariamente en « El Eclesiastés » y en los « Proverbios » ; en Kempis y en Leonardí ; en clásicos y modernos, pero sobre todo en el trato diario con las gentes. Tenía gran fe en el hombre y triste idea de los hombres. Su pesimismo filosófico le guiaba al hombre ontológicamente, realidad de ser, y se per-

día en un mar de confusiones cuando consideraba al hombre en su desdoblamiento social y político. Se nutría de su dolor ante la miseria de los hombres, consolándose con estas palabras : « Las amargas aguas del mar no pueden corromperse. La poesía más amarga es la que más duza ».

¿ Cómo lo odiaban los filisteos ! Infrahumanos más allá de las clases, son resentidos contra el hombre de alma pura, y más aún si el hombre es artista. Barrett lo era, y los filisteos de la nobleza parasitaria madrileña le atormentaron hasta obligarle a salir de España, como los filisteos mesocráticos de Argentina y Paraguay lo persiguieron hasta envenenarle la vida, obligándole igualmente a salir de su tierra de adopción. Fué un eterno perseguido por amor al hombre, por su apostolado de redención. Los filisteos sentían que las palabras del artista restallaban en sus rostros, con la misma furia con que restalló la fusta en el rostro del duque de Arlón, que a falta de honra se dedicaba a morder la honra de los demás.

De él ha dicho el chileno Armando Donoso, en su libro « La Otra América » : « Fué el caso insólito de un hombre que ha hecho sentir la cabal conciencia de la dignidad humana. Nada temió perder ni aguardó nada... El solo recuerdo de la vida de Rafael Barrett constituye su mejor elogio... Pensó en la imposibilidad de aguardar el advenimiento de la justicia entre los hombres... rústico, violento, ásperamente primitivo, siempre dejó oír la voz desatemplada de un hombre evangélico arrebatado por las exaltaciones de un nuevo Exequiel ».

Ignoramos si hay un estudio crítico de la vida y obra de Barrett, una obra orgánica que lo sitúe en su calidad de artista y de hombre. Sería una obra de justicia. Incluido en la generación del 1900, Barrett puede ser considerado como un escritor de El Plata, nutrido por las corrientes espirituales de los ríos Paraguay, Paraná y Uruguay. Pertenece a los tres pueblos nutridos por esos tres ríos. De España le vino la pasión, de su sangre británica la entereza pero en las orillas de estos ríos, en el aire de estos pueblos, sorbió el aliento vital de una nueva misión de síntesis, fluyendo hacia revolucionarios cauces de vida y esperanza.

Una vida que se le escanaba con la misma rapidez de la corriente fluvial de sus ríos, y una esperanza que se le hacía melancólica al presentir la menguada cuenta de sus días. Sin embargo, su pesimismo le acentuaba su fe en una vida mejor, esforzándose más y más en hacerla comprensible a la mente de los humildes, inculcándoles voluntad para conquistarla. Así lo proclamaba al final de su tercera conferencia a los trabajadores paraguayos :

« Amad, y la tierra se ensanchará sin límites. A pesar del dolor y de la injusticia la vida es buena. Debajo del mal está el bien ; y si no existe el bien lo haremos existir, y salvaremos al mundo aunque no quiera ».

LAS OBRAS COMPLETAS DE BARRETT

La Editorial SOLIDARIDAD OBRERA ofrece a sus lectores y al público en general las « OBRAS COMPLETAS » del famoso escritor Rafael Barrett que constan de tres tomos desgranando el siguiente contenido :

Tomo I. — Noticias y juicios ; Moralidades actuales ; Lo que son los verbales ; El terror argentino ; El dolor paraguayo, resumiendo un total de 286 páginas.

Tomo II. — Cuentos breves ; Diálogos, conversaciones y epifonemas ; Mirando vivir, conteniendo 364 páginas.

Tomo III. — Ensayos ; Conferencias ; Al margen ; Ideas y críticas, comprendiendo 364 páginas.

Trese volúmenes con lectura clara y elegantemente presentados, cedidos al precio de 2.250 francos.

Pedidos : A. García, 24, rue Sainte-Marthe, París (10^a). C.C.P. : 1601-11.

EDICIONES SOLIDARIDAD OBRERA

ARTE Y ARTISTAS

por J. GARCIA TELLA

HOMENAJE A ANTONIO MACHADO



UN comité de artistas españoles entre los que figuran nombres bien conocidos, como los de Lobo, Mentor, Ceballos, Pelayo y otros, bajo la presidencia de honor de Picasso, ha celebrado, en la « Maison de la Pensée », un homenaje en el XVI aniversario de la muerte del gran poeta Antonio Machado, homenaje en el que por ingenuidad o malicia han prescindido de consideraciones políticas.

Desgraciadamente, la muerte de Machado tiene un sentido político que a nadie escapa y querer prescindir de él, en una ceremonia oficial organizada por exilados, es una aberración que se presta a diversas interpretaciones y no muy halagüeñas. Me parece bien la invitación a esa juventud artista procedente de España, por mor del proselitismo y presentación de un arte verdaderamente libre y no sojuzgado por la censura militar o eclesiástica. Igualmente bien la extensión de esta invitación al interior, por motivos publicitarios y positivistas. Pero de esto a la invitación de artistas — no muchos, afortunadamente — desertores de nuestra guerra; de artistas que besan los zancajos del embajador franquista; de artistas que en el apogeo verde-nazi en París, cuando millares de españoles morían en los campos alemanes, eran las vedettes de las fiestas de la Galería Charpentier, codo a codo con Lequerica, con la Komandatur de París, con la aristocracia petenista; de artistas que, amparándose bajo el nombre de refugiados, no vacilan en ir y venir a España, participar en las Bienales franquistas...; en verdad, es un poco fuerte y significa desvirtuar por completo el homenaje, que pierde su dignidad en este confusiónismo vergonzoso y humillante! Si la obra es el reflejo del hombre, ¿cómo creer en la sinceridad del homenaje de estos colaboracionistas, siempre dispuestos, por colgar un cuadro o conseguir una línea elogiosa en un periódico, a vender su alma al diablo. ¿Qué diría Machado al verse en esta compañía, él que murió luchando contra lo que sus «homenajistas» de hoy veneran? ¿Qué diría Lorca al ver aparecer cínicamente en su homenaje del año pasado, al embajador franquista? ¿Adónde vamos a llegar en las consecuencias de la inconsecuencia?

La calidad artística de los anfibios — habilidad y astucia — no imponía la presencia de éstos, sobre todo, cuando se nota la ausencia de otros de gran importancia como Lamolla, Tusquellas, e incluso Nieva.

Naturalmente, un artista exiliado tiene que comer y para comer necesita vender. Vender se consigue exponiendo aquí y allá y saltando sobre las ocasiones escasas, de tal o cual Salón, de pequeñas exposiciones colectivas, o de invitaciones difíciles por falta de amistades o de flexibilidad. Y la culpa de que algunos artistas tengan que acudir a ciertos expedientes o concesiones, la tienen, en cierto modo, los llamados representantes de la República

en el exilio, que jamás, jamás, se han ocupado del arte español desterrado. El prestigio de una nación reside en su intelectualidad y en su arte... Yo ignoro la popularidad de que goza el nombre del presidente de la República, pero me es perfectamente conocida la universalidad de los nombres de Picasso y Casals. Nunca se ha organizado una misera exposición de pintura, ni un concurso, ni un premio; si el arte español exilado cuenta, es gracias a iniciativas particulares, a exposiciones de organizaciones obreras, al esfuerzo mismo de los artistas españoles, que se defienden a zarpazos, y van desapareciendo lentamente en los hospitales, en las fábricas, en oficinas secundarios... o en la Embajada franquista. Ahora nos dirán que no hay dinero..., pero ¿y cuándo lo hubo?

Qué extraño, pues, que cuando los franquistas más avisados organizan actos y exposiciones en París, las voluntades cedan, la energía desaparezca y el estómago ordene. Atención! La próxima Bienal se celebrará en Madrid; ya veremos cuántos pasan la línea. Acaso haya no pocas sorpresas. Y después de este largo preámbulo, opinión completamente personal, pasemos al homenaje en sí.

La exposición bien organizada y bien presentada, respira severidad y nobleza. Los envíos son de calidad y la fuerza española de creación se conserva. Indudablemente, el cuadro de Mentor es el mejor en espíritu y ejecución, de todo lo presentado; todo se auna: el color, la composición, la dimensión, la emotividad... Ceballos presenta un magnífico retrato del poeta, de una sensibilidad triste; Picasso, con su alegoría sobre los españoles muertos en Francia, se permite una broma que no se le hubiera tolerado a otro; lo mejor de su «Maternidad» es la falta de su firma, y lo maravilloso reside en la pequeña tela de la calavera. Pelayo, cada vez más personal, presenta una carreta envuelta en franjas soleadas y misteriosas. Caruz-Bernal, pintor sólido, se introduce intensamente en la Escuela de París. Bore, de una delicadeza decorativa y simple. Roberta González, extraña y sobria. Busquets cada vez más en avance, casi al límite de la perfección. Vivancos, alegremente ingenuo. Los jóvenes García-Fons, Alcaraz y Vall, bucólicos y acertados; mención especial a Tejero con su paisaje tranquilo y entonado. Un Miró absurdo, transformado en Dubuffet; un Riva-Rovira, surrealista y macabro; un Parra que es uno de los mejores cuadros del Salón; una «Oración» de Pisano en la mejor tradición dramática española; una escena taurina de Diamantino que ha evolucionado

notablemente; un Peinado y un Chunió sobre los que nada se puede añadir que los mejore.

La «Ofelia» en bronce de Fenosa, es de una poesía y de una ejecución que sorprende y deslumbra. De los toros de Latorre, potentes y agitados, prefiero el pequeño, pero creo que la materia influye en algo mi opinión. La «aldeana» de Lobo, destinada al mausoleo de Machado, vigorosa y grandiosa en su humildad.

En suma una buena exposición en la que no están todos los que son y no son todos los que están.

Un cuadro de Ilse Voigt: El descanso de Diana ➔



EXPOSICION BUFFET

Galerías Durand-David y Visconti

Como de costumbre, Buffet celebra su doble exposición anual, tres cuadros monumentales en Durand-David y dibujos y acuarelas en la Galería Visconti.

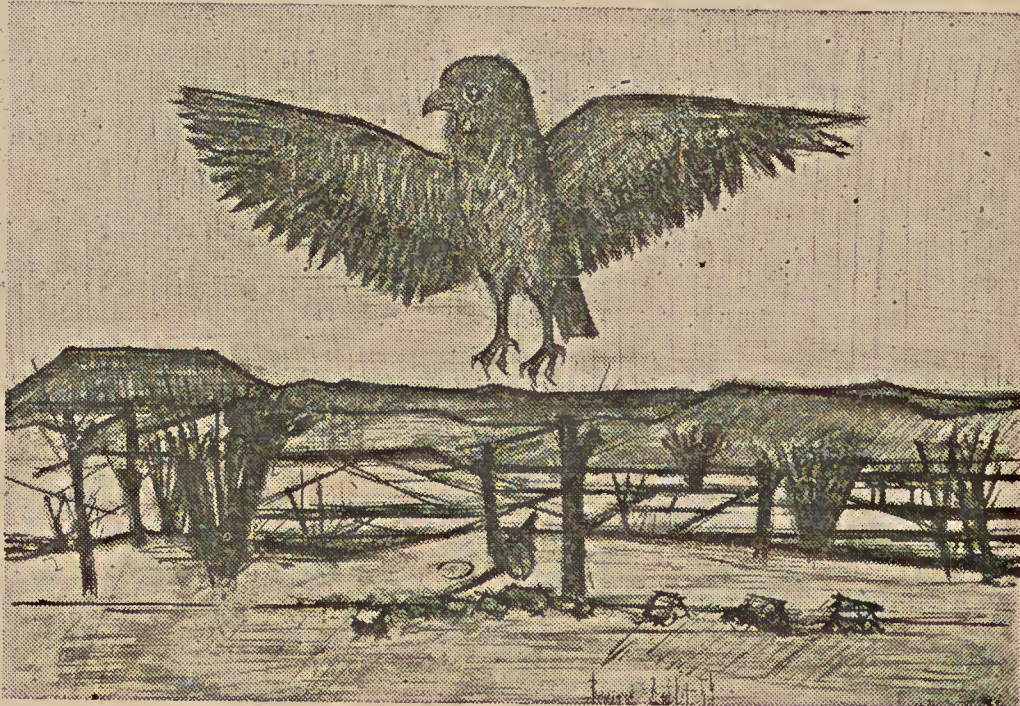
El tema ha sido este año y las discusiones sobre este maestro de 26 años han vuelto a surgir con vehemencia. En principio, la obra comienza a sobrepasar al artista, el cual se apresura a declarar que la política no le interesa y que su visión es objetiva. Siempre con

su grafismo, utilizando el color lo menos posible, Buffet consigue impresionar con la sequedad de su mensaje, de una austeridad, de una crueldad tan rigida, que el espectador siente aparecer la pesadilla de años anteriores y se inquieta ante un futuro inseguro.

Los fusilados, es el mejor de los tres cuadros, no porque los otros sean peores, sino porque en el de los ahorcados, la necesidad de llenar los 7 metros de tela, ha hecho caer al artista en el convencionalismo de las figuras de izquierda y derecha que sobran completamente,

ya que en realidad el cuadro es el tema central sin necesidad de apoyos; y lo mismo en el de los muertos, en el que surge la misma banalidad del ángel exterminador en el cielo, que no hace ninguna falta y que contrariamente estropea la composición, al hacer desaparecer un horizonte que se sostiene solo en su tristeza solitaria. De todas formas, discutido o no, Buffet es el pintor contemporáneo más inquieto e interesante y es un error no visitar sus exposiciones, que nos alejan y nos consuelan de la fragilidad y artificialismo de la mayoría de las exposiciones que estamos obligados a soportar.

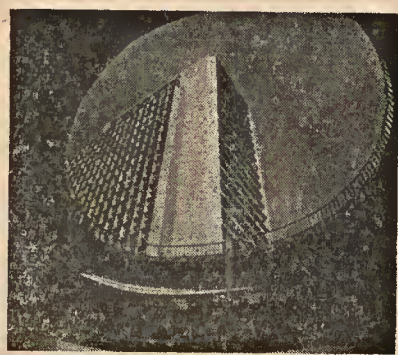
J. G. T.



Un excelente cuadro de Bernard Buffet: «El cuervo».

CARTELON DE NUEVA YORK

EN DOCE ESTAMPAS



El loco de viento

Nueva York!...
Vean todos!; Vean, vean!;
En lo alto del *Empire*
hay un loco encaramado
al asta de la bandera;
y ese loco, que es de viento,
canta coplas inmortales
de Manrique:
«Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar,
qu'es el morir...».

El cemento no hace altura

Nueva York!...
Vean todos!; Vean, vean!;
Rascacielos de cemento,
que se empujan
por hurgar puntas de estrellas
con pajas de pararrayos!...
Y las estrellas, en fuga
cielo adentro,
cómo suben y se alejan
de la Tierra en Nueva York!...
Oigan todos!; Oigan, oigan!;
El cemento es a la piedra
lo que el cristal al diamante.
Sepan todos!; sepan, sepan!;
El cemento no hace altura;
el cemento es siempre suelo:
si se eleva, es que se alarga
hacia arriba, como un humo
hecho pasta. Nada más!...

Esta noche va a nevar

El orgullo alza las torres,
y el cielo se aleja de ellas.
Sin embargo, con cayada
se pueden varear luceros
desde encima de una choza
de pastor...

ESTA CAPA QUE ME TAPA

• Viene de la página 3 •

bre cumplido, de nuestro hombre de bien u hombre decente; no tienen ese poder de imposición de la voz pasiva «honrado» adjetivada por exigencias de la lógica de las palabras. El hombre honrado no es el hombre decente, ni el digno de ser honrado, sino aquel a quien, por ser quien es y por no haberse desolidarizado de su yo, corresponde de derecho honra y honor, «padece» esta honra y este honor; lo que el adjetivo presenta, el participio lo había ya otorgado... El hombre honrado, lo es, sobre todo, por el reconocimiento que de su honra se le hace; a su vez, aquél no podrá desmentir su condición frente a ese reconocimiento, so pena de dejar su yo hecho un guiñapo; antes la muerte! «El *point d'honneur* castellano — dice el mismo Gautier — es la exageración de todas las virtudes humanas llevadas al último grado... En sus venganzas y furiosos, el héroe (en el teatro) guarda una actitud solemne...» Por qué el español al imponer su honra, la de su yo, iba a quedarse a la mitad del camino? Y en otro lugar: «...un sastre español se sentiría deshonrado, si él mismo tuviera que llevar (a casa del cliente) su paquete con el traje ya hecho...». El héroe de teatro y el sastre granadino — por utilizar los dos ejemplos del «Viaje» — podrán parecer ridículos a algunos; no se lo parecerían, si supieran que, frente al Yo, el español no es un ente manumiso. Reconocimiento de la honra, a despecho de todo: «Fulano es pobre, pero honrado», frase en la que, a primera consideración, se podría advertir una falta de lógica y un como querer oponer la pobreza a la el *perfeito galantuomo* o *gentiluomo*, el *honnête homme*, todos estos epítetos no van más lejos del *vir probus*, del hom-

Poned mantas, neoyorquinos,
en los parques, extendidas,
que esta noche, bella y clara,
subo a varear olivos
estelares!...
(Pero lo que cae del cielo,
a la Tierra llega helado:
Esta noche va a nevar!)

El tatuaje de Harlem

Vean, vean!;
En un brazo desnudo,
musculoso,
el tatuaje de Harlem:
Negrería encantada
de la vida,

que vuelan con estruendo
sobre las chimeneas,
espantando a los gatos...
Audaz ingeniería!
Mas falta aquí «el Milagro
del Demonio»:
¿Dónde está el ACUEDUCTO
DE SEGOVIA?...

Fuerte apretón de manos!

Vean, vean!;
Wall Street, esta calle
de la banca del mundo,
que muere en una plaza
que es viejo cementerio,
con lápidas

por

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

con brillante automóvil
tan moderno,
que, a veces — oh prodigios
de *Samuelia*! —,
es «del año que viene»!;
y con televisión
para ver el *box* gratis,
sacando «coca-colas»
del refrigerador
mientras nieva en la calle...
Y en su recibimiento,
lujoso y confortable,
de un piso veinte y tantos,
el viejo *Tío Tom*,
tembloroso de miedo,
desdobra el periódico
para leer
la noticia del último
linchamiento en el Sur...

¿Dónde está el acueducto de Segovia?

Grandes puentes de acero
sobre ríos enormes,
negros, quietos, medrosos,
con peces de metal
y barcas de Caronte:
ríos que pescan truchas de su-
[cidas
saltando de los puentes!...
Túneles bajo el mar;
carreteras colgantes;
aéreos trenes rápidos,

de inscripciones borrosas
y una iglesia central
dos veces centenaria:
Fuerte apretón de manos
de la Vida y la Muerte,
que se han dado aquí cita
para tratar
de un negocio muy serio!...

La calavera viva

Y este viejo cementerio
que ahora es plaza,
es un cementerio muerto;
la plaza, su calavera:
una calavera viva,
con bancos entre las tumbas,
donde los enamorados
se juran amor eterno!...
La Muerte mata a la Vida;
La Vida mata a la Muerte.
Así pasa!...

«Cafeterías»

Cafés llamados «cafeterías»,
sin cómodos divanes
para dejar el tiempo
«tumbado a la partola»,
y sin grandes espejos
en las paredes...
Y en el aire un polvillo
letal para las ratas
de las tertulias!...

Un jayl de añoranza por las trastiendas...

Y tiendas inmensas de «a cinco y a
[diez]!...
inmensas tiendas sin trastienda,
[ay!]
para jugar al tute con el dueño!...

El cuervo de Edgar Poe

Hondas tabernas tristes,
siempre con media puerta
de la calle cerrada:
A qué muerto constante
velarán los borrachos,
con el ruidoso lloro
de su alegría lúgubre
y sus velas de alcohol?...
Y el cuerpo de Edgar Poe en una
[jaula,
graznando: «Whisky!», «whisky!»,
en vez de: «Nunca más!», «nunca
[más]!...»

La mirada de Nueva York

Y la pupila
de tu ojo único de titán,
con que miras al mar y al cielo,
en la Estatua de la Libertad,
oh Nueva York!...

La luna llena sobre Manhattan

Brilla la Luna Llena
sobre Manhattan
como espléndida hogaza de pan
[blanco
para los emigrantes de
todo el
[mundo.

...François CHEVALIER, París.

— Una plaza de Barcelona lleva el nombre del diplomático francés Ferdinand de Lesseps ¿a qué se debe?

— El 3 de diciembre de 1842, Espartero, entonces regente, dió orden, para sofocar la insurrección que había estallado en la capital catalana, de cañonear la ciudad desde las alturas de Montjuich. Ferdinand de Lesseps, a la sazón cónsul en Barcelona, intervino cerca de Espartero con objeto de que hiciera cesar el bombardeo. La noble gestión del diplomático que, veintisiete años después, había de lograr la realización del canal de Suez, fué coronada por el éxito. Y el pueblo barcelonés, que no perdonó a Espartero tan bárbara actuación, conservó su gratitud hacia Lesseps y, a principios de este siglo, se dió su nombre a la plaza de referencia.

...Anne PRIOLET, Tolosa.

— ¿Podrían decirme cuál es la etimología del nombre de España?

— Nos vemos en la imposibilidad de dar una respuesta concreta a su pregunta, pero, no obstante, le transmitimos con agrado las versiones que conocemos. Los vascos deducen que la palabra *hispana* o *hispania*, es derivada de la expresión vasca *ezpaina*, que significa labio, y sostienen su hipótesis al comparar el ditoral de la península, con el labio, borde (?) del rostro. Algunos investigadores creen, sin embargo, encontrar la solución en el persa y nos ofrecen la palabra *ispah*, que quiere decir caballo, teoría apoyada en el hecho de que, España, igual que *Ispahan*, ha sido célebre por sus caballos. Otros, en cambio, consideran que la palabra *España* tiene una etimología hebrea que significa «país de tesoros ocultos», justificada por las riquezas minerales de España o, quizás, por la leyenda de Calipso. Otra hipótesis curiosa es la que considera la misma palabra como una derivación del término fenicio *shaphan*, conejo. Se señala en defensa de esta versión que, según Plinio, una ciudad española fué minada por los conejos, y, además, que los habitantes de las islas Baleares solicitaron de Augusto el auxilio de sus tropas para que los liberara de esos mamíferos. También es creencia generalizada la de que el conejo procede de España. El orientalista Charencey considera que la etimología fenicia *aschapanim*, es decir, «ista de los conejos» es la más verosímil, pero... quizá influya en ello el hecho de ser él quien ha lanzado dicha versión.

...José VALCARCEL, París.

— En el «Suplemento Literario» correspondiente al mes de febrero y en un artículo de Puyol he observado que el apellido Cavia está acentuado. Me gustaría, pues, conocer la razón de este acento, ya que, según creo, ninguna regla lo justifica.

— Mariano de Cavia (seguimos acentuando), periodista y escritor popular de finales del siglo XIX y primeros del actual, era hombre de mucha valía. «El Diario de Zaragoza», «El Imparcial», «El Liberal» y diversas publicaciones de España y América, enriquecieron sus páginas con la savia de su honda cultura. Cavia, aragonés de nacimiento pero madrileño de espíritu, poseía un ingenio fértil, una conversación encantadora y sus salidas chispeantes se comentaban a diario en las tertulias. Pues, bien, Cavia acentuaba siempre su apellido. Y al efecto, se cuenta que una de sus amistades le hizo pregunta semejante a la que usted nos dirige, y Cavia contestó: — Acento mi apellido porque me sale de las narices.

No existe más razón, desde luego. Y esta fantasía no puede de ninguna manera poner en entredicho el valor literario de Cavia, pues, cervantista apasionado, estaba siempre atento contra toda mixtificación del lenguaje castellano. Era, en fin, un charlista y un escritor puro, pero... castizo.

...Germinal GARCIA, Montpellier.

— En qué fecha fué asesinado el millitante sindicalista «Paronas»?

«Paronas», pseudónimo de Francisco Comas, había nacido en 1896. Pertenecía al sindicato del vidrio de Barcelona y fué asesinado en la misma ciudad el 10 de marzo de 1923, junto con Salvador Seguí.

ZIG-ZAG EN LA LITERATURA ESPAÑOLA DE LA EDAD DE ORO



DECIAMOS anteayer, documentalmente, que los monarcas españoles medievales a partir de Pedro el Cruel, eran rubios. En el Cancionero General — Valencia, 1511 —, merece especial mención entre los caballeros que las preferían rubias, el Comendador Escrivá, maestro racional de Fernando el Católico, y su embajador ante el Vaticano, en 1497. No por sus sinecuras oficiales, sino por una estrofa que acertadamente modificó y divulgó Cervantes, archiconocido en la literatura española. Es la que comienza así :

Ven muerte, tan escondida...

(Santa Teresa le es deudora de la, tal vez, mejor de sus poesías.)

He aquí las « Coplas del Comendador Escrivá con un villancico viejo que dice:

Los cabellos de mi amiga
doro son :
para mí, lançadas son.

Fray Ambrosio Montesino, fué el poeta predilecto de la Reina Católica. Poco divulgado fuera del « jardín abierto para pocos, paraíso cerrado para muchos », describe un ángel como nadie antes de Milton lo ha descrito. Y que Dante y el « pintor angélico » perdonen mi pírueta irreverente.

Lo específico de esta singular silueta angelical es, entre otras muchas cosas, su cromatismo. Dante, al pintar a la Reina de los ángeles, escribe :

Pallida no, ma piú che neve bianca.

El ángel era en la angelical Edad Media del siglo XIII, la albura máxima y suprema. Montesino se permite el lujo de anunciar, no el nacimiento de la Virgen, sino el del Bautista, en estos versos singulares :

Con alas de mil colores...

Sus plumas eran distintas,
azules, moradas, verdes,
tocadas de verdes pintas
como rosicler de cintas...

Algo parecido y muy distinto, realizó Van Dongen, pintando un ángel con ligas y con medias verdes, que promovió un alboroto y un escándalo en los albores del siglo XX.

Este mismo Fray Ambrosio, menciona en otra ocasión morosamente « los verdes valles viciosos ».

Por un proceso de mimetismo animal y espiritual, lo mejor de nuestra Edad de Oro está presidido como el Olimpo griego, por la magia y embrujo de lo verde. Es lo verde, como en pocas ocasiones lo adjetivo, un auténtico semantoma que actúa silencioso y eficazmente entre múltiples morfomas. El color de los ojos de las damas, sigue las corrientes misteriosas y enigmáticas de la moda. Por ello, las dos egregias féminas creadas por el genio de Roxas y de Cervantes, tienen los ojos verdes.

Comencemos por la gran Reina que cabalga en los siglos XV y XVI. Que cierra nuestra Edad Media, abre la Moderna e inaugura un especial y espacial Renacimiento en España y en el mundo.

Hernando del Pulgar, judío converso, hace de la Reina un retrato que no puedo reproducir íntegramente como quisiera : « Era — dice — de comunal estatura, bien compuesta en su persona e, en la proporción de sus miembros, muy blanca e rruvía : los ojos entre verdes y azules, el mirar gracioso e honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara toda, muy hermosa e alegre ». Eran, pues, sus ojos, de matices sutiles y cambiantes como los del mar, corazón del mundo, como el mar « fons vitae ». Sus coetáneos la adjudicaron el elogio máximo, sin hipérbole excesiva :

En la tierra, la primera.
Y en el cielo, la segunda.

El Cronista de Indias Gonzalo Fernández de Oviedo y Fray Luis de León, coinciden al afirmar con palabras similares, que, después del nacimiento y redención de Jesucristo, ningún acontecimiento mundial supera al del descubrimiento y colonización de América. La primera Reina democrática (1) del mundo preside por hartos merecimientos su espectacular renacimiento espacial. A ella se debe asimismo en no pequeña escala, el Renacimiento cultural que comienza a llamarse en España isabelino, como hace tiempo en Inglaterra a propósito de otra Isabel, menos semejante que distinta.

Hay un texto coetáneo de la Reina, muy curioso y no suficientemente divulgado : el de Juan de Luena en su « Epístola exhortativa a las letras », dirigida al Notario Real Secreto, Fernando Álvarez Zaora, con palabras altiso-

nantes de cuño neolatino al modo finisecular de Juan de Mena. Lo más sustancioso de su Epístola, se halla en estas líneas : « Lo que los Reyes hacen bueno o malo, todos ensayamos de lo hacer : si es bueno, por aplacar a nos mismos : si es malo, por aplacar a ellos. Jugaba el Rey, eran todos tahures ; estudia la Reina : agora somos estudiantes ».

Su ejemplo cunde. El malogrado Príncipe don Juan, « salió buen latino », según Fernández de Oviedo en su « Libro de Cámara del Infante don Juan ». Todas las hijas de la Reina hablaban latín y probablemente lo escribían. Concretamente se sabe, que la misma Juana la Loca improvisó un discurso en la lengua internacional de entonces, al presentarse en persona ante sus Estados de Flandes.

No es, pues, excesivamente hiperbólico que se hiciese de Isabel I de las Españas, el más desmedido elogio de mujer alguna.

Los albores del siglo XVI hispánico, coinciden con la vida bella y breve de Garcilaso de la Vega. Un poeta actual situado en una zona de eclipse — Rafael Alberti — le dedicó el supremo elogio imaginable en un poeta comunista, altivo y altanero :

Si Garcilaso viviera,
yo sería su escudero.
¡ Qué gran caballero era !

No hay — a mi entender — a lo largo de la vida de este ejemplar caballero de las armas y las letras otras alusiones a los ojos de su bien amada — la enigmática portuguesa Isabel de Freire — que las plurales referentes a sus claros ojos.

Tus claros ojos, ¿ a quién los volviste ?
Los ojos cuya lumbre bien pudiera
tornar clara la noche tenebrosa...

En Garcilaso, el adjetivo verde es casi siempre un epíteto delicioso que prodiga a su manera no aprendida y que poéticamente consagra : verde yerba, verde valla, verde selva, verde niñez, verde bosque, verde prado, verdes faunos, verdes sauces, verdes hojas, verde llano, verde soto, verde monte.

En su Egloga primera, se prodiga el adjetivo poético con la mesurada y elegante sencillez de colores que matizan sus versos de arco-iris melodiosamente armonizado :

Por ti la verde hierba, el fresco viento,
el blanco lirio y colorada rosa
y dulce primavera deseaba...

Por excepción, el adjetivo no poético, el que sigue como una sombra al sustantivo y no le precede como aurora de luz, alterna con elegancia señorial en este distico ejemplar :

Cual pueda el blanco cisne, cuando pierde
la dulce vida, entre la yerba verde.

En sus Eglogas, hay bellas alusiones a tres ríos : el Tajo,

en áspera estrechez
con ímpetu corriendo y con ruido

por **JULIO DE HUICI**

el Danubio,

río divino
de agua corriente y « clara »...

el Tormes, que visitaba el poeta en la mansión de reposo de los Alba,

Verde en el medio del invierno frío,
en el otoño verde y primavera ;
verde es la fuerza del ardiente estío.

Pudiera aventurarse por esta triple y bella insistencia de lo verde en una estrofa de tres versos, que en este ángulo inexplorado, Garcilaso es como en otras eras ya trilladas, precursor de la boga hoy desorbitada en España de lo verde.

Luis Gálvez de Montalvo en « El Pastor de Tilda » — canción tercera — comulga en el culto de ojos verdes que prestigia Melibea e instaura un siglo después Cervantes con su Dulcinea :

Tilda, tus ojos bellos, y el que se atreva a
[mirarlos,

muy más fácil que alaballo, le será morir
[por ellos.

Ante ellos calla el primor, ríndese la forta-
[lleza,

porque mata su belleza y ciega su resplan-
[dor.

Son ojos verdes, rasgados, y en el revolver,
[suaves,

apacibles sobre graves, mañosos y descui-
[dados.

(A esos ojos verdes de Tilda, les dedica tres canciones sucesivas que creo innecesario divulgar aquí.)

Alonso de Ercilla, coetáneo de Garcilaso, paralelo vizcaino en las armas y las letras, hace más concretamente que el poeta y milite castellano, el elogio de damas cortesanas españolas, rubias todas ellas. Del Canto 27 en la segunda parte de « La Araucana », que elogió Cervantes — Cap. VI de la primera parte del Quijote — subrayamos :

Eran las damas del cercado, aquellas
que en la dichosa España florecían...

y sobre sus cabezas, todas ellas
olorosas guirnalda sostenían
de mil varias maneras rodeadas
de rubias trenzas, nudos y laçadas.

A todas ellas, preside su bien amada
de egregia estirpe vasca como él
... del tronco de Bagán, doña María.

El verde está formado por la mezcla del amarillo y del azul, colores específicamente hebreos y germanos. A través de la Edad Media literaria española, ambos colores se fusionan en su adjetivo cromático más divulgado : el adjetivo claro que esplende son clara luz en los « Claros Varones de Castilla » de Hernando del Pulgar, y en las Eglogas cristalinas de Garcilaso.

San Juan de la Cruz, colaborador, amigo espiritual de Santa Teresa que le llamaba humorísticamente por su exigua estatura « medio Juan » y que era para ella mucho más que Juan y medio, merece una real o aparente digresión en la glosa de lo verde.

Este místico supremo que deja sumida en la penumbra la mística anterior y posterior, disuena de parejo y diferente modo al de Fray Ambrosio Montesino, en el concepto de la luz del Medio-Evo. Prerromántico genial en ángulo diverso del de Roxas, sigue su ruta espléndida a través de la « Noche oscura del Alma ». Pintor ni literato alguno anterior a él, analizan el misterio alucinante del claro-oscuro.

El Príncipe de los « poetas puros », inicia su camino con estos versos lapidarios :

Sin otra luz ni guía
sino la que en el corazón ardía.

Oye como nadie oyó « la música callada », la « soledad sonora », y sigue prodigando paradójicas antítesis en estos versos de melodía prerromántica :

Oh noche que guiaste !
oh noche amable más que el alborada !...

Navega por su mundo silencioso, como un perfecto avión por las más altas esferas. Ahonda callada y suavemente como un submarino, en la zona de equilibrio de la nave en que toda vibración externa está anulada :

Aquella niebla oscura
es una luz divina, fuerte, hermosa
inaccesible y pura,
íntima y deleitosa
sin ver a Dios : sin vista de otra cosa.

O lo que es lo mismo : la luz directa de la divinidad, es como la luz del Sol en progresiones geométricas, inaccesibles a los humanos.

San Juan de la Cruz sabe como el Areopagita, que « in primo die, Deus fecit lucem ». Pero sabe mejor que él, que la noche sigue al día como la sombra al cuerpo. No busquemos en él matices, sino contrastes de la luz. Y los encontraremos como en poeta o pintor alguno anterior, y como en pocos artistas posteriores. Claro-oscuro nada más y nada menos. Feliz innovación definitiva.

(1) Isabel I rompe deliberadamente con la tradición de nombrar para los altos puestos a los primates de la sangre, y a ello debe no pequeña parte de su éxito. El caso del Cardenal Cisneros es el más significativo de la serie, y no menos el de Pedro Navarro, soldado humilde ennoblecido en el campo de batalla.



A black and white portrait of a man with glasses, wearing a suit and tie, looking down at a document on a desk. The man is shown from the chest up, in profile, facing left. He has a receding hairline and is wearing dark-rimmed glasses. He is dressed in a dark suit jacket, a white shirt, and a dark tie. His right hand is resting on a large, open document or book that lies flat on a dark surface. The background is dark and out of focus. The lighting is soft, highlighting the man's face and the texture of the document.

En fin, la cultura de los tejidos, eminentemente preciosa para el análisis de la vida celular, será utilizada prácticamente para cultivar ciertos agentes patógenos (virus) que, por ser parásitos obligatorios de las células vivientes, no pueden lograrse en medios ordinarios.

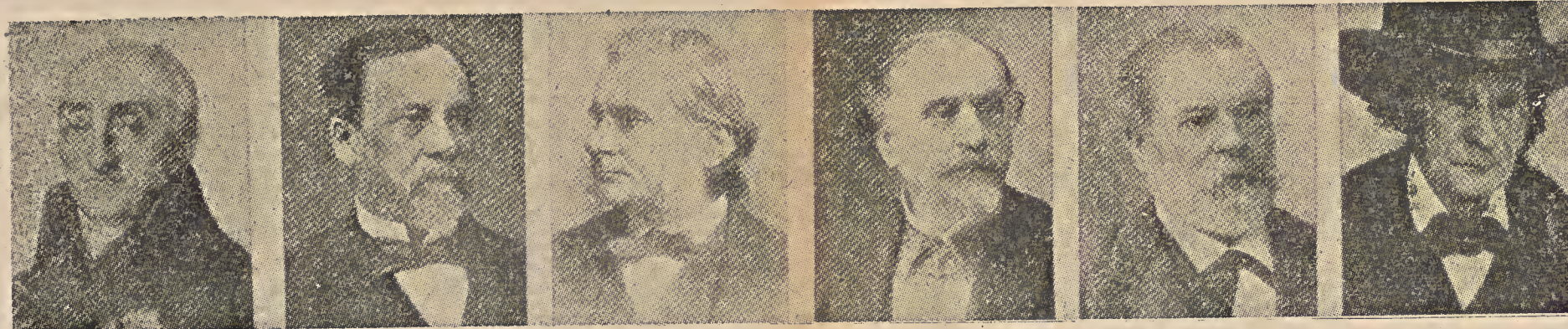
Incluso, después de varios años, es decir, después de miles de divisiones, las células no presentan ningún signo de decadencia, ningún debilitamiento en su aptitud para la multiplicación. Unos cultivos de fibroblasto de pollo, iniciados por Carrel y Robbey en 1912, fueron mantenidos en actividad durante más de treinta años, mientras que, en la naturaleza, una gallina no alcanza semejante edad. Es éste un hecho de gran significación pues, en el fondo, anula la clásica oposición entre la vida y la muerte. ¿Qué sucede realmente? La inmortalidad potencial de las células germinales. Hoy sabemos, gracias al cultivo, que numerosos tejidos somáticos (epiteliales, glandulares, conjuntivos), son también, en potencia, inmortales y ello nos obliga a preguntarnos por qué razón los tejidos somáticos han de ser inmortales en vitro y están condenados a senectud y a la muerte in vivo.

jean Kostand en la tribuna.

ENACEBIZANDO las principales adquisiciones de la biología moderna como desatar el cultivo de los tejidos. Este terreno, los precursores fueron Lóe Loeb (1897) y, especialmente, Ross Granville Harrison, quien hizo, por primera vez en 1907, la comprobación de que los fragmentos de tejidos embrionarios de rana podían sobrevivir durante varios días en un baño de linfa de la misma especie. En estas condiciones, R.G.H. observó manifestaciones de crecimiento celular, como las de la producción de fibras, partiendo de jóvenes células nerviosas.

Montrose Burrows y Alexis Carrel (1910) tardaron en comprender el alcance del descubrimiento realizado y emprendieron el cultivo de tejidos de pájaros y mamíferos. Tejidos de embrión de pollo fueron colocados en el plasma sanguíneo de gallina, mantenido todo ello a la temperatura del organismo vivo (37°), adoptando grandes precauciones de asepsia tanto en el momento de procurarse los tejidos como en la preparación del medio y del cultivo. Por este procedimiento lograron una sobrevivencia más o menos prolongada, pero sin la menor multiplicación celular. Sin embargo, cuando Carrel tuvo la idea de agregar al plasma nutritivo un poco de jugo de embrión de pollo, se consiguió un progreso decisivo. En el medio así enriquecido, las células se dividen activamente y el fragmento de tejido es capaz de doblar su volumen en el espacio de dos días. Además, desprendida una parcela del tejido cultivado para colocarla en otro medio de idéntica composición, la proliferación celular se prosigue con la misma actividad, ni más ni menos que si se tratara de células nuevas. Los cultivos de micro-organismos corrientemente efectuados en bacteriología. El problema del cultivo de los tejidos quedaba, pues, resuelto. Los años habían de aportar buen número de mejoras técnicas, pero el principio básico no fué modificado.

Sin que transcurriera mucho tiempo se hizo extensivo este método al cultivo de todos los tejidos, tanto del embrión como del adulto —epiteliales, glandulares, conjuntivos, cartilagosos, sanguíneos— y a numerosas especies animales de los más diversos grupos. Seguidamente, se encaminarán los esfuerzos a determinar las necesidades nutricionales de cada uno de los tejidos, explicando el papel que desempeñan —en el crecimiento y la multiplicación celular—, a las influencias complejas que ejercen sobre el organismo. Después de disociarse, cada uno de un órgano y lo que depende del conjunto, abriendo al experimentador un campo vastísimo. El cultivo de los órganos y tejidos permitirá estudiar el cuerpo humano vivo, sobre órganos obtenidos en el curso de una operación o inmediatamente después de un fallecimiento; y gracias, quizás, a este método



Etienne Lacépède

Louls Pasteur

T. Henri Huxley

M. Lacaze-Diethiers

Jules Marey

Jean, Henri Fabre



Empezar el siglo XX, la biología es ya poseedora de las ideas y los métodos fundamentales que regirán su desarrollo ulterior: ha edificado, sobre todo, la *teoría celular* (Schleiden y Schwann, 1838-1839) y la de la *evolución* (Lamarck, 1809, Darwin y Wallace, 1858; ha precisado, con Claude Bernard (1865), la noción del *determinismo* fisicoquímico de los fenómenos vitales, y ha rechazado, en fin, con Pasteur, la idea de la *generación espontánea*. En lo que respecta a procedimientos de investigación, la biología dispone a principios de siglo de la mayor parte de los utilizados actualmente: la microscopia, la técnica de las secciones finas, el análisis químico, la cultura de los microorganismos en medios sólidos o líquidos, etc.

Ivanowski, estudiando una enfermedad infecciosa del tabaco — el « mosaico » así llamado porque produce unas manchas peculiares en las hojas — demostró en 1892 que ésta podía ser transmitida de una planta enferma a una sana, mediante la inoculación de jugo filtrado. Esta experiencia fundamental fue confirmada por Beijerinck, quien dedujo la existencia de un virus líquido (contagium vivum fluidum). Poco a poco fueron apareciendo otras inyecciones, no sólo vegetales, sino también animales y humanas, que podían transmitirse por medio de filtros. Para explicar estos hechos, se recurrió primeramente a la hipótesis de microbios-enanos — sólo abandonados o infrarredondos — pero pronto se efectuaron, por el virus del mosaico del tabaco, el bioquímico W. Stanley y las mismas células que infectan ? ¿ Deben ser calificados como « virientes » ? ¿ Cómo se produce en ellos el acrecentamiento de masa ? ¿ Se efectúa mediante un mecanismo comparable al de la asimilación, característica de la vida ? He ahí otros tantos problemas que se están lejos de resolver y que atañen a los fundamentos de la biología.

Además de su interés teórico, el estudio de los virus es de primordial importancia para la medicina, ya que sabemos son los responsables de numerosas enfermedades (infección de ciertos cánceres (sarcoma de Rous, en las gallinas), tumor de Lucké, en las ranas). Uno de ellos, el bacteriophage — Twort, 1915 / D'Herelle, 1917 — representa un papel importante en la destrucción de las poblaciones microbianas.

Esto, sometiendo el jugo de plantas enfermas a métodos especiales de extracción — tratamientos químicos o ultracentrifugación — extrajo una proteína o, mejor dicho, una nucleoproteína que presentaba todas las características, patógenas y otras, del virus. Tiene un peso molecular muy elevado, desubria, mediante los rayos X, una estructura regularmente ordenada, reveladora de un estado paracristalino. Con el estudio del virus, se encontraba el sucesivo, transportado al plano de la físico-química.

Hoy sabemos que ciertos virus, más o menos comparables al del mosaico, pueden ser también considerados como nucleoproteínas cristalizables o paracristalizables — Bawden y Pirie, Bernal y Fankuchen — etc. — pero, cedeando dichos virus-proteínas o virus simples, existen otros de constitución más compleja y que parecen representar una transición con los nucleosidos, por donde se pasa gradualmente, y sin solución de continuidad, de la estructura molecular a la estructura celular.

¿Cuál es, exactamente, la relación entre los virus simples y los virus complejos? Son acaso los virus simples especies de microbios degradados, reducidos a la más mínima expresión, a su "armazón químico"? ¿Proviene de

las mismas células que infectan ? ¿ Deben ser calificados como 'vivos' ?
¿ Cómo se produce en ellos el acrecentamiento de masa ? ¿ Se efectúa mediante un mecanismo comparable al de la asimilación, característica de la vida ? He ahí otros tantos problemas que se están lejos de resolver y que atañen a los fundamentos de la biología.

Además de su interés teórico, el estudio de los virus es de primordial importancia para la medicina, ya que sabemos son los responsables de numerosas enfermedades, incluso de ciertos cánceres (sarcoma de Rous, en las gallinas tumor de Lucké, en las ranas). Uno de ellos, el bacteriophage — Twort, 1915 D'Herelle, 1817 — representa un papel importante en la destrucción de las poblaciones microbianas.

EN 1865, un abate checo, Johann Mareš, haciendo experimentos con el cruzamiento de los guisantes, había logrado despejar las leyes esenciales de la hibridación; pero su trabajo, publicado en un periódico local de poca difusión (Informes de la Sociedad de Historia Natural de Brünn), pasó totalmente desapercibido de los especialistas y no fué exhumado hasta el año 1900, después que tres botánicos — Hugo de Vries, C. Correns y E. von Tschermak — hubieron descubierto, cada uno por su cuenta, las leyes de la hibridación. Este «descubrimiento» marca el nacimiento de la genética o ciencia de la herencia, cuyo rápido desarrollo constituirá uno de los grandes hechos intelectuales de nuestro siglo.

La importancia de las leyes de Mendel, así llamadas en justo homenaje a un precursor largo tiempo ignorado, fue

ron de un efecto considerable, ya que permitían prever estadísticamente, en el caso de numerosos cruzamientos, la composición de la descendencia, o sea que confiérase al estudio de la herencia, hasta entonces nebuloso, una precisión casi matemática. Las leyes de Mendel fueron extendidas sin tardanza al reino

YA en 1903, W. E. Sutton había lanzado la hipótesis de que las unidades mendelistas, puestas en juego en los cruzamientos, residían en ciertas partículas — o **cromosomas** — que, en número constante en cada especie, se encuentran en el interior del núcleo celular y cuyo comportamiento, desde la maduración de las células reproductoras, es el que permite comprender exactamente como se transmiten los caracteres hereditarios.

Esa teoría cromosómica de la herencia ha sido desarrollada, a partir de 1910 por Thomas-Hunt Morgan y sus colaboradores — Bridges, Sturtevant, Muller — quienes aportaron una amplia y rigurosa demostración gracias a las pacientes y minuciosas investigaciones proseguidas con la mosca del vinagre (*Drosophila melanogaster*), pequeño insecto que, para este género de estudio, ofrece condiciones particularmente favorables: evolución rápida, gran fecundidad, abundancia de razas mendelianas, y número reducido de cromosomas.

Sobre esta mosca, no sólo se ha podido someter a prueba la validez de las leyes de Mendel en lo que concierne a los centenares de caracteres hereditarios — color de los ojos, color del cuerpo, longitud o forma de las alas —, sino también distribuir los genes responsables de estas particularidades entre los cuatro cromosomas, e incluso localizar cada uno de ellos en un punto definido (locus) de tal o cual cromosoma.

La primera idea de esta « cartografía cromosómica » pertenece a Sturtevant (1913), y ha podido ser directamente verificada cuando, en las glándulas salivares de la larva de la drosófila, se descubrieron cromosomas de gran talla (gigantes), donde el microscopio recoge a veces ciertas anomalías de estructura, siempre correlacionadas con las anomalías de la constitución hereditaria (Bridges y Painter).

La teoría cromosómica ha conducido al descubrimiento de un gran número de nuevos hechos, y su fecundidad no está todavía a punto de ser agotada. En biología, pues, la teoría cromosómica no es de menor importancia que la celular o la de la evolución.

Al lado de la **genética formal**, que tiene por objeto el estudio de los aspectos estadísticos de la herencia y la estructura del patrimonio hereditario, se ha creado la **genética fisiológica**, que más especialmente, se interesa por saber la manera en que los genes producen los caracteres del organismo y, al mismo tiempo, ha comprobado que el efecto de un gen puede depender del lugar que ocupa en el cromosoma — efecto de posición — descubierto por Sturtevant —; ha pro-



Alexis Carrel

En lo que respecta a la genética médica propiamente dicha, ésta se ensancha diariamente y multitud de enfermedades, taras y anomalías — hemofilia, daltonismo, degeneramientos musculares o nerviosos, ictericia, poliactilia, fragilidad hereditaria de los huesos, etc. — son atribuidas a la acción de genes específicos. La acción de ciertos genes es tan morbida y deletérea, que puede detener el desarrollo de un organismo, o bien impedir que llegue a la edad adulta, siendo responsables de ello los genes *lethalis* o *lethales*, cuyo primer ejemplo descubrió Cuenot en los ratones amarillos, en 1905.

La genética presta su concurso a la bacteriología que cada vez se ve más obligada a aplicar las nociones: gen, variación genética, descendencia pura, al estudio de las bacterias e incluso al de los virus. La agricultura, y en fin, la zootecnia le deben múltiples éxitos, pues, substituyendo el empirismo reciente por métodos racionales y cuantitativos, ha conducido a la creación de nuevas razas cuyo valor económico es evidente.

En el próximo número, fin de este artículo con :

EL SEXUALISMO. · LA
PARTENOGENESIS. · EL
PROBLEMA DEL DES-
ARROLLO. · TERATO-
GENESIS. · LA TEORIA
DE LA EVOLUCION

La Naturaleza invasora.



LA MARCHA DE LA MEDICINA

(Acad. de Med. de Nueva York)

Respondiendo a la necesidad de difundir descubrimientos y adelantos médicos, la Academia de Medicina de Nueva York realiza periódicamente, por intermedio de sus miembros más autorizados, profesores y especialistas, conferencias y exposiciones que constituyen una verdadera puesta al día de las cuestiones que más interesan al médico y al público de cultura media. La editorial argentina «Argonauta» ha recogido, pues, en un volumen de su Colección Didáctica los trabajos mencionados, que comprenden temas tan importantes como: Tuberculosis, El cerebro y la mente, La época freudiana, Genio, talento y conocimiento, Historia de las vitaminas y Los nuevos conocimientos en nutrición.

205 páginas, 500 francos.

CARNE Y ESPIRITU

por Maxence Van der Meersch

Esta novela, ya reseñada precedentemente, ha tenido una acogida extraordinaria que le ha valido la reedición. Su autor, no ha mucho fallecido, recoge a título póstumo el homenaje de la crítica. La emoción dramática de esta obra — cuya trama se desarrolla en Amberes — lo justifica. Un crítico francés ha dicho, no sin motivo, que Van der Meersch «se inspira en la maravilla del campo ligada a la vida humana con toda la fuerza expresiva de las almas que sienten y sufren, dándole el magnífico linaje de una creación personal que ha de sobrevivir en la historia literaria del mundo».

180 páginas, 500 francos.

GENESIS, ESENCIA Y FUNDAMENTOS DEL SOCIALISMO,

por Emilio Frugoni.

Frugoni, escritor uruguayo, ha publicado en la Biblioteca de Cultura Social de Ed. Americana, dos nutridos volúmenes, cuyo título general es el de «Genesis, esencia y fundamentos del socialismo». Este trabajo, como la mayor parte de los que se refieren a la historia de las ideas socialistas, puede presentar algunas lagunas, mas, en verdad, se aprecia

Todos los libros mencionados en esta página figuran en el catálogo de SOLIDARIDAD OBRERA y pueden ser servidos inmediatamente, ya sea contra reembolso o previo envío de su importe por Mandat-Carte a nombre de A. García, C.C.P. 1601-11, París. Debe añadirse, para gastos de expedición, 45 francos en los pedidos cuyo valor ascienda a 500 francos; 70 para los de 500 a 1.000; 100, de 1.001 a 1.500; 130, de 1.501 a 2.000, y 160, de 2.000 a 3.000.

la mayor imparcialidad en la utilización de documentos y constituye, en fin, una especie de introducción al estudio del socialismo, de innegable utilidad.

Los dos volúmenes están encuadrados y cada uno de ellos contiene más de 400 páginas.

Precio: 1.200 francos.

ERRICO MALATESTA

(La vida de un anarquista)

por Max Nettlau.

«La Protesta», de Buenos Aires, recuerda una de las actividades más interesantes del anarquismo internacional, pues, aparte de haber sostenido durante varios años un periódico diario, acometió la edición de numerosos libros cuyo interés conserva una palpitante actualidad.

Este es el caso de la colección titulada «Pensadores y propagandistas»,

y, especialmente, de su volumen dedicado a Errico Malatesta. Su autor, Max Nettlau, acredita la condición de historiador minucioso y concienzudo narrando con la mayor pulcritud los sucesos más salientes, de la agitada vida de Malatesta, llamado, con justicia, Quijote del anarquismo. Contiene este volumen más de 250 páginas de apretado texto.

Precio: 155 francos.

REVOLUCION Y REGRESION

por Rodolfo Rocker.

Así se titula el tercer volumen de Memorias del veterano escritor libertario Rodolfo Rocker y en el cual se refiere al período dramático comprendido entre los años 1918 a 1951. El libro está escrito con la misma emoción que «La Juventud de un Rebelde» y «En la Borrasca», siendo de particular interés para los lec-

tores españoles por ocuparse, no sólo con extensión, sino con un criterio elevadísimo de los acontecimientos de la guerra civil y sus repercusiones en el ámbito internacional. En resumen, «Revolución y Regresión» es una fuente de enseñanzas, una exposición magistral de la historia contemporánea.

Un volumen encuadrado y de gran formato.

450 páginas, 1.100 francos.

CARTELES,

de R. G. Pacheco;

ESBOZOS DE UNA FILOSOFIA DE LA DIGNIDAD HUMANA,

por Paul Gille.

En un volumen primorosamente presentado por la editorial argentina «Más allá», se reúnen más de sesenta «carteles» debidos a la pluma recia del singular publicista suramericano Rodolfo González Pacheco, así como un estudio original del profesor belga, recientemente fallecido, Paul Gille.

Ambos autores son de notoriedad suficiente para tener que encarecer la importancia de sus trabajos. Quienes los conocen quedarán complacidos y los que no tengan noticias de su obra, deben apresurarse a adquirirla con la seguridad de que encontrará ampliamente satisfecha su curiosidad.

Precio: 304 francos.

LA RUSIA SUBTERRANEA,

de Stepniak.

Stepniak, además de escritor de talento, fué uno de los luchadores enfrentados con el zarismo, al cual se debe esta singular obra titulada «La Rusia subterránea».

Actualmente se divulga mucha literatura relacionada con el absolutismo ruso, mas, en verdad, interesa no sólo conocer esta época de terror, sino también la precedente, cuya ferocidad fué igualmente espantosa.

Este libro, que en su tiempo constituyó una revelación, no debe ser olvidado, pues por sus páginas desfilan hombres y hechos de significación que pueden abonar una confianza en los destinos del pueblo ruso.

200 páginas, 315 francos.

OCASION EXCEPCIONAL

EL LOTE DE MARZO

- LA REVOLUCION DESCONOCIDA, de Volín
- NACIONALISMO Y CULTURA, de Rocker
- EL AMOR Y LA AMISTAD, Antología de A. G. Birlan
- CULTURA Y CIVILIZACION, Antología de A. G. Birlan
- INVESTIGACION ACERCA DE LA JUSTICIA POLITICA, de William Godwin (gran formato y encuadrado)
- LA IRRELIGION DEL PORVENIR, de J. M. Guyau (gran formato y encuadrado)
- EL APOYO MUTUO, de Kropotkin (gran formato y encuadrado)

PRECIO: 4.600 FR.S., ENVIO COMPRENDIDO

★ BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI » BIBLIOTECA DE « SOLI »

BIBLIOTECA SUPERACION PERSONAL

A 400 francos volumen.

J. Salas Subirat : La lucha por el éxito.

J. Salas Subirat : El secreto de la concentración.

Yoritomo Tashi : El sentido común.

O. Swett Marden : La alegría de vivir.

Paul C. Jagot : Método práctico de autosugestión y sugestión.

Ralph Waldo Emerson : El hombre y el mundo.

Dr. Paul Dubois : La educación de sí mismo.

Ernest Dimnet : El arte de pensar.

Silvain Roudes : Para abrirse camino en la vida.

J. Salas Subirat : Los objetivos, los obstáculos y los medios.

BIBLIOTECA DE CULTURA SOCIAL

(Cartoné)

Francos

Manuel García Prada : Horas de lucha ... 500

J. Peter Warbasse : El sistema cooperativo ... 600

De la crisis económica a la guerra mundial ... 450

Gustav Landauer : Incitación al socialismo ... 600

P. J. Proudhon : Las confesiones de un revolucionario ... 600

Curio Chiaraviglio : Civilización del trabajo y de la libertad ... 600

R. González Pacheco : Teatro completo (2 tomos, rústica) ... 1200

R. Barrett : Obras Completas (3 tomos, rústica) 2250

AUTORES CLASICOS A 325 francos volumen (Rústica)

Gracián : El político Fernando oráculo manual. El héroe.

Benjamín Constant : Principios de política.

Kant : Principios metafísicos.

Sieyes : ¿ Qué es el tercer Estado ?

Antonio Pérez : Norte de príncipes.

COLECCION

TIEMPO DE AMERICA

A 245 francos volumen

(Rústica)

San Martín - Bolívar - Dorrego : El pensamiento civil de los grandes capitanes.

Francisco Bilbao : El evangelio americano.

Norberto Pinilla : La polémica del romanticismo.

J. M. Velasco Ibarra : Experiencias jurídicas hispano-americanas.

José Martí : Estados Unidos.

Walt Whitman : Perspectivas democráticas.

COLECCION UNIVERSAL DE ESTUDIOS SOCIALES

A 1.100 francos volumen

Pedro Kropotkin : El apoyo mutuo.

J. M. Guyau : La irreligión del porvenir.

William Godwin : Investigación acerca de la justicia social.

Rodolfo Rocker : Revolución y regresión.

Rodolfo Rocker : Nacionalismo y cultura.

Voline : La revolución desconocida.

LIBROS RECIBIDOS

FAMILIA DE UNA NOCHE (J. Carrera Andrade)

En la Colección Hispanoamericana, de París, ha aparecido una selección de Jorge Carrera Andrade que encabeza la « Familia de una noche » e incluye una « Elegía a Pedro Salinas », « Dictado por el agua », « Las armas de luz » y « Transformaciones », poemas todos de acento vigoroso, emotivos y bellos por todos conceptos. Con razón ha escrito Jean Cassou a propósito de este libro que « la poesía pone su ciencia al servicio de la frescura original. Sutil y espontánea — ¡ oh exaltadora alianza ! — la poesía de Jorge Carrera Andrade saluda la novedad del mundo.

PRAGUE A L'HEURE DE MOSCOU (Paul Barton)

Se analizan en este volumen los aspectos psicológicos,



co, político y económico del régimen establecido en Checoslovaquia, basándose en una abundante documentación. No obstante, las conclusiones del autor rebasan el cuadro de la democracia popular y como ya han hecho otros escritores, refiere la farsa judicial soviética de las « confesiones espontáneas », el equivoco de la administración proletaria y la supeditación de los países satélites ante el imperialismo moscovita.

Además, Paul Barton re-

fiere en este volumen las importantes discrepancias que existen entre los dirigentes de las llamadas democracias populares y que, por lo general, corresponden a las que enfrentan a los mismos dirigentes de Moscú.

DICTE PAR L'EAU J. Carrera Andrade

Otro volumen, bilingüe, de Jorge Carrera Andrade, ha sido publicado por Pierre Seghers en la colección « Autour du Monde » y bajo el título « Dicté par l'eau ». El autor ecuatoriano ha reunido en este libro algunos de los poemas ya citados, otros no menos brillantes, como « Aquí yace la espuma », « Servicio », « Viaje », « Canción del continente negro », « Las campanas del Havre », « Canto al puente de Oakland », « Encuentro de Barcelona », y distintos « poemas indios », entre ellos uno muy bello titulado « Levantamiento ».

UNAMUNO Y FRANCIA

CAPITAL Y PROVINCIA

En París, en cuanto uno sale a la calle, deja de ser individuo — pese a la conservación de la propia personalidad pensante — para convertirse en elemento multitudinario, que pasa desapercibido. El campo está lejos; es difícil aislarse. Todo corre, se empuja, se precipita, como si el tiempo fuera a acabarse o el vertigo de la velocidad mecánica dominara a los seres y viviera en las cosas.

No conocemos a nadie ni nadie nos conoce. Somos, en suma, masa miriódica desprovista de personalidad conjunta, aunque cada ser pueda tejer sueños aisladamente y sentirse en sí.

En cambio, en la ciudad provinciana, donde se vive sin prisas y la circulación no es intensa, las cosas están, por así decirlo, al alcance de la mano. El campo nos sonríe a escasa distancia y, apenas se dejan atrás las últimas casas, a los pocos minutos de marcha, sentimos ya los olores puros de la campiña libre donde la verdad respira sin trabas ciudadanas y el aire no está viciado.

Al cruzar las calles de la ciudad provinciana, nos sentimos individuos, seres independientes, nos damos cuenta de que somos dueños de nuestro propio yo y hasta el respiro del alma, que se aísla de toda convención humana y piensa por sí misma sin que nada venga a disuadir sus ensayos, se ensancha y se hace fácil al tiempo que se vigoriza.

Al marchar por las calles de la ciudad provinciana, si encontramos a alguien, lo reconocemos enseguida. Se trata de otro individuo, de otro hombre como nosotros, que tiene nombre conocido, no de multitud de gran urbe, que vive de azares y destila ignorada, como rebaño borreguil.

París, pese a sus encantos múltiples, no podía agradar a Unamuno. Se sentía en él tan prisionero como los árboles de los grandes bulevares parisenses, que tienen cerco de hierro al pie y viven « enjaulados » (Cf. Paisajes del alma, Revista de Occidente, Madrid, 1944, páginas 90 y 95).

La visión de Gredos acudía al espíritu de Unamuno cada vez que, a pie, sin tomar el metro, esa horrible cárcel ciudadana, iba a juntarse con unos amigos jóvenes a la Rotonda de Montparnasse, esquina del Boulevard Raspail (Como se hace una novela, 60, Editorial Alba, Buenos Aires, 1927).

La visión de Gredos era obsesión del espíritu unamuniano. Su traductor y amigo íntimo Cassou nos lo cuenta: « Un journaliste espagnol a rapporté ce savoureux dialogue; cela se passait à l'hôtel du Louvre; Blasco (se trata de Blasco Ibañez) voulant communiquer à don Miguel un peu de sa jovialité cherchait à l'entraîner sur le balcon; lui qui venait de faire le tour du monde, il jurait n'avoir jamais vu rien de plus tonifiant que l'avenue de l'Opéra. A quoi Unamuno, levant son visage quichottesque, répondit, comme dans un songe: « Gredos... » évoquant ainsi les pics austères qui se dressent au-dessus du désert de Salamanca » (Avant et après la révolution, 8, Rieder Paris, 1933, Cf. « Les Cahiers du Sud », quatrième année, n° 325 1954 pags. 382 y sigts.).

Hasta en Hendaya, hacia 1927, le persigue el espectáculo ensañado de Gredos. Por eso escribe:

« Aquí no puedo contemplar la sierra, casi todo el año coronada de nieve, que en Salamanca apacienta las raíces de mi alma, ni el páramo, la estepa, que en Palencia, donde está el hogar de mi hijo mayor, aquietan mi alma » (Agonía del Cristianismo, 14, Austral).

Nada tiene de extraño que, al recordar los días de su estancia en París, en 1925, nos diga malhumorado:

« No puedo recordar sin un escalofrío de congoja aquellas infernales mañanas de mi soledad en París, en el infierno, del verano de 1925, cuando en mi cuarto de la pensión del número 2 de la rue Laperouse me consumía devorándome al escribir el relato que titulé: « Cómo se hace una novela ». No pienso volver a pasar por experiencia íntima más trágica ». (Cómo se hace una novela, 89, Buenos Aires, 1927, pág. 9; Cf. Paisajes del Alma, 89 y sigts.).

El espíritu de Unamuno, después de su escapatoria de la isla de Fuerteventura, estaba triste, agobiado, en extremo inquieto. A su agonía personal, a su dolor íntimo ante la situación política de España, donde la voluntad caprichosa de un general hacía mangas y capirotes, se añadía la lejanía de su patria, el sentimiento hondo de la soledad, la amargura del desterrado que, aunque halle consuelo a sus aflicciones en razones fraternas, llevará siempre en el

UNAMUNO se aburrió en París. He aquí la verdad desnuda y sin tapujos, que sería absurdo negar. La capital francesa, cosmopolita y placentera, atractiva cual ninguna, no podía ser soñadero de paz para el espíritu de un ser selvático, original, no por ello menos sensible, amante de la vida al aire libre y de los paseos solitarios en plena comunión con la naturaleza.

París, que rezuma historia y es museo de antigüedad y de belleza sin cuento, asiento afamado de finura cortesana, era ciudad demasiado ruidosa y trepidante para satisfacer al autor vasco.

alma desazón profunda que nada puede aquietar. No en vano dijo Lamennais: « L'exilé partout est seul ».

Unamuno se sentía débil, abatido, mal trecho, pese a su energía viril y a su vitalidad. Tal vez temió la muerte antes de haber pisado la tierra natal por última vez. Por ello, en la poesía que sirve de prólogo al Romancero del destierro (1), nos dice:

Si caigo aquí, sobre esta tierra verde mollar y tibia de la dulce Francia, si caigo aquí donde el hastío muere celado en rosas de sutil fragancia, si caigo aquí, oficina del buen gusto donde sólo el olvido da consuelo, llevad mi cuerpo al maternal y adusto páramo que se hermana con el cielo. Romancero, etc. 11).

Hombre de páramo por el espíritu, pese a su nacimiento en la verdeante Vasconia, pedirá con angustia:

Si caigo aquí, sobre esta baja tierra, subid mi carne al páramo aterido, por Dios, por nuestro Dios, el de la guerra, mas no de los ejércitos, lo pido. Subidme allá, se hará mi carne roca y allí, en el yermo, clamaré su credo, daré al desierto de mi pobre boca de gritar a los sordos por el miedo. (Ibidem, 14).

No era posible hermanar la dulzura de la tierra francesa con la dureza y hosquedad imponente del páramo. Tampoco el espíritu ordenado, metódico, cartesiano en todo extremo de los franceses, en general, con la pasión unamuniana, opuesta a todo método, a toda coacción intelectual.

Esta inadaptación de Unamuno en tierra francesa, esta falta de regocijo íntimo y personal, ha hecho creer que el autor vasco odiaba a Francia. El mismo, en diferentes ocasiones, zahiere las cosas francesas y habla de « misogalismo »:

« Cuanto yo diga al respecto por mi propia cuenta podrá achacarse a mi reconocido misogalismo o francofobia, enfermedad o lo que fuere, en que me declaro incurso y de la cual no siento deseo alguno de curarme, sintiendo más bien que con los años se me hace más crónica y más arraigada y profunda » (Sobre la literatura americana, Austral, Buenos Aires, 1947 pág. 98).

En otro lugar nos dice: « No he de ocultar que padezco de cierto misoparisiense, que reconociendo lo mucho que todos debemos en el orden de la cultura a Francia, estimo que lo parisiense ha sido, en general, fatal para nosotros » (Contra esto y aquello, 15, Buenos Aires, Austral, 1945).

El autor vasco padece de « misoparisiense ». ¿ De esto sólo? ¿ No padece también de « misomadrileñismo »? Madrid, la capital española, le desagradaba y repugnaba. Oigámosle:

« Cada una de mis estancias en Madrid, restaura y como que alimenta mis reservas de tristeza y melancolía. Me evoca la impresión que me causó mi primera entrada en la corte, el año 80, teniendo yo diez y seis años: una impresión deprimente y tristísima, bien lo recuerdo » (Dignidad humana, 115, Buenos Aires, Austral, 1945).

Muchas cosas le disgustan en Madrid, pero sobre todo dice nuestro autor:

« Hay otra cosa que me repugna en

ese conglomerado de hombres, en ese vasto avispero, y es el vaho de afroditismo que exhala, aunque no tan marcado y fuerte como el de París » (Ibidem, 124).

La ciudad y el campo se dan de puñetazos y no es cosa fácil armonizarlos. Piensa Unamuno que

« El ideal sería que el espíritu de la ciudad y el del campo se compenetraran, que aprendiéramos a ver en la sociedad naturaleza y en la naturaleza sociedad, pero el ideal está siempre muy lejano » (Ibidem, 129).

¿ Cuán diferente es Salamanca!; Qué paz y tranquilidad de espíritu reina en toda ella!

« Cuando en esta tranquila ciudad de Salamanca salgo de paseo, se me cansan las piernas, pero descansa y se refresca mi sistema nervioso. El camino está franco y despejado, no encuentro en él detención alguna, nada me distrae, mi paso es igual, sin que haya de menester variarlo, y mi vista reposa en la contemplación, ya de la lejana y ahora nevada sierra, que parece un esmalte del cielo, ya en la vasta llanura de la Armuña, en que se tienden algunos pueblecillos, ya, a mi regreso, en la vista de la ciudad... » (Ibidem, 117).

La monotonía y aburrimiento que engendran las grandes aglomeraciones han convertido a Unamuno en enemigo de ellas. Tal vez sea ésta la causa que le inspiró la admiración desmedida, que le llevó a entusiasmarse con el « Obermann » de Sénancour, que hoy nadie lee en Francia.

El autor francés, como Unamuno, odiaba las multitudes, era un solitario, un soñador, que prefería el diálogo consigo mismo a todos los placeres y regalos que brindan las grandes ciudades, que tienen no poco de eterna feria humana.

Sabemos que Unamuno contaba en Francia con buenos amigos. Paul Valéry entre ellos, a quien dedica una poesía que se incluye en « El Romancero del destierro » (Loc. cit. 19) y que ha vertido al francés Mathilde Pomés. (Miguel de Unamuno, Poèmes, Les Cahiers du journal des poètes, París, septembre 1938).

A Francia le debe Unamuno, además de no pocas ideas, « El Romancero del destierro », « Cómo se hace una novela » y « La agonía del Cristianismo » (2).

Si el autor vasco se opuso siempre a las cosas de Francia no fué por odio ni por ciega incompreensión, sino por razones más hondas que vamos a tratar de aclarar. Pensaba Unamuno como español y su opinión, en el fondo, no difiere de la tradicional en España a propósito de Francia. Sin embargo, después de haber vivido en tierra francesa, modifica no pocos de sus juicios y, si no los expresa, es porque quiere poner en evidencia su impresión primera, aunque en ciertos extremos sea errónea y un tanto subjetiva. Por ello nos dice:

« Poco tendría que añadir a lo que aquí hace ya dieciséis años dije si no hubiera pasado en tanto la terrible guerra mundial y sobre mí otra galerna que me tiene ya más de cuatro años y medio desterrado de mi patria, tiempo en que merced sobre todo a trece meses de habitación en París, he podido rectificar ciertos juicios que acerca del espíritu

francés, y más concretamente parisien, había formado y publicado entonces. Si algo rectificaria habrían de ser algunos vituperios, jamás los elogios, aunque respecto a estos haya cambiado algo alguna vez ». (Contra esto y aquello, 9).

Digamos, pues, que en las opiniones de Unamuno hay un poco de juego y de ejercicio dialéctico y un mucho de deseo decidido de oponer un dique personal a todo lo francés, aunque sea excelente. Justo será, sin embargo, reconocer que si regatea méritos en ciertos casos, no escatima elogios cuando halla verdaderos valores, según su opinión y manera de concebir las cosas.

(1) La edición del « Romancero del destierro » (Buenos Aires, 1928), no incluye un romance de Unamuno publicado en « Hojas Libres », n° 9 del 1-12-1927, que copio a continuación:

A los molinos de viento
mi don Quijote, lanzada,
que dan al aire zumbidos
con el girar de sus aspas,
y son órdenes de mando
que toman como palabras
los aullidos con que el ábrego
las razones le amordaza.
A los molinos de viento,
mi don Quijote, lanzada,
que están moliendo los huesos
de nuestra abatida España,
para abonar con su polvo
las huertas que la canalla
del poder hase apañado
del botín de la campaña
y lustrearse con su tuétano
las botas ensangrentadas
de montar, cuyas espuelas
disciplinan a la patria.
A los molinos de viento,
mi don Quijote, lanzada,
y que el viento los derribe
al hondón de la barranca.

(2) Unamuno gozó en Francia de no poco prestigio, prueba de ello son las numerosas traducciones que de sus obras se han hecho. Además de las mencionadas en el libro del Sr. Romera-Navarro, que me señala el prestigioso unamunista Sr. García Blanco, mi amigo y consejero, se pueden citar las siguientes: La vie de Don Quichotte, par J. Babelon, 1949 con un avant-propos firmado en 1944; Le sentiment tragique de la vie par Marcel Faure-Baulieu, N.R.P., 1917; L'essence de l'Espagne, par Marcel Battailon, Plon, 1923; Pages choisies par Vallés, Povolozky, 1924; Le Marquis de Lumbría, par Jean Cassou, Kra, 1924; Trois nouvelles exemplaires et un prologue, Kra, 1925; L'Agonie du Christianisme, par Jean Cassou, Rieder, 1925; Vérités arbitraires, par Francis de Miomandre, Kra, 1926; Brouillard (Niebla), par Noémi Larthe, Kra, 1926; Notes pour un Traité de cocotologie, par Emma Clouard, Mercure de France, 1939; Juan et Juane, R. Ricard, La Vie Intellectuelle, 1946; Saint Manuel Bueno, Martyr, par E. F. Clouard; Abel Sánchez, par E. H. Clouard, París 1939; La Tante Tula, par J. Bellon, París, 1937; Une histoire d'amour, par E. H. Clouard, Les Nouvelles Littéraires, 1934; Le Christ de Velázquez, par Mathilde Pomés, París, 1938. Avant et après la Révolution, Rieder, París, 1933. J. Cassou.

LA ACTUAL NOVELA ESPAÑOLA

* En « Destino » se ha publicado un artículo de Julián Marias titulado « La realidad humana en la novela ». Después de una serie de consideraciones sobre la novela, termina diciendo:

« De los dos antepasados inmediatos de la novela española actual, Baroja y Unamuno, sólo el primero ha influido ampliamente; las enormes invenciones del segundo — mucho más fecundas a mi juicio, pero más difíciles de digerir y explotar — están casi intactas (acaso sólo Rosa Chacel representa una parcial utilización de ellas). Y por ello — aunque no sólo por ello — la novela española presente se resiente de falta de innovación e imaginación; esta última facultad, que es el núcleo mismo de la novela, apenas aparece en ellas. Por eso, aun en los casos en que se ha llegado a resultados de auténtico valor, se trata de lo que podríamos llamar « esquirlas de novela », fragmentos como tales, promesas incumplidas, aproximaciones a una vida que no se llega a « imaginar »; por eso son novelas esencialmente inconexas, y esto quiere decir, literalmente, faltas de mundo. »

POR J. CHICHARRO DE LEON

La pantalla

"LES DIABOLIQUES"

Película francesa basada en la novela «Elle n'était plus», de Boileau y Nallejac. — Dirigida por H.G. Clouzot. — Música de Georges Van Parys. — Decorados de L. Barsacq. Interpretada por Paul Meurisse, Vera Clouzot, Simone Signoret, Charles Vanel, etc.

La escena final de la película se desarrolla con extraordinaria rapidez. El público, apenas ha dejado aparecer la sonrisa en los labios, liberado de la expectación casi dolorosa en que transcurre la proyección, cuando puede leer en la pantalla un ruego del productor solicitando el no narrar las incidencias, y mucho menos el desenlace, a los futuros espectadores, porque así guardarán toda su capacidad de asombro. Es cierto. Clouzot, que ya tiene demostrada su habilidad, especialmente en «El salario del miedo», ha visto justo, y ha exigido que durante la proyección de su película, no se permita la entrada a la sala de ninguna persona.

La brutal, por lo inesperada, consecuencia del film produce un movimiento de desilusión. El espectador se siente decepcionado, como si le hubiesen hecho víctima de una broma. El mantenimiento de la acción en un tono angustioso, casi patético, es un verdadero triunfo, remachado por esa caída fulminante de la tensión en los últimos metros del rollo. Cuando llega esta ducha de agua fría final, como culminación de una serie de sorpresas que van aumentando el interés de la obra, no se puede evitar la sensación de haber sido engañados, pero al mismo tiempo, se admira la habilidad con que se ha puesto en juego nuestra capacidad emotiva.

Clouzot ha contado para ello con unos tipos a los que cierto convencionalismo pasajero, no quita nada de su naturalidad. Además, ha centrado el problema alrededor de un asesinato, despertando el interés lógico cuando está en juego la

vida de un hombre y las consecuencias que el acto puede tener en las asesinas. La distinta naturaleza de las culpables, enfrentadas continuamente, da excelente ocasión para producir las más violentas reacciones en el espectador. La jugada maestra de Clouzot consiste en la exposición del asunto, con minuciosidad, con lógica y con método. Lo hace con cierta lentitud intencionada, que le permite la presentación de mil detalles en los que se basará más tarde el interés del público y que serán el origen de las más opuestas suposiciones. De forma casi imperceptible, el continuo trabajo de penetración llega al objetivo propuesto, disimulado en las necesidades de la narración. En los últimos instantes de la parte expositiva, especialmente cuando el marido toma el narcótico y cuando es ahogado en la bañera, el trabajo de Clouzot

● Pasa a la página 15 ●

Una actitud de Vera Clouzot, revelación en film «Les Diaboliques».



La escena

"VOLPONE"

Comedia en cinco actos de Jules Romains, en colaboración con Stefan Zweig, según la obra de Benjamín Jonson. — Música de Georges Auric. — Decorados y trajes de André Barsacq. — Dirección escénica de Jean-Louis Barrault. — Con F. Ledoux, J. Desailly, S. Valère, J.-L. Barrault, etc.

No ha desaparecido completamente la desconfianza que tenía al ver anunciada «Volpone», obra de fama mundial, con los nombres de tres escritores de distinta nacionalidad, y ni siquiera coetáneos, repartidos el mérito de su paternidad. Siempre he creído que la obra de arte ha de ser producto de un solo autor, condición indispensable para que tenga la homogeneidad que se deriva de la exteriorización de un problema íntimo. Varios autores, deberán contradecirse en los matices o en lo esencial, apenas esbozando uno lo que otro quiera resaltar. El producto será amorfo, sin estilo definido.

«NUMANCIA»

de Cervantes, en la Opera de París

En el gran teatro lírico francés, la Opera de París, han comenzado los ensayos de la ópera Numance, que será estrenada a fines de este invierno. La música es de Henry Barraud, el director de la cadena nacional de la Radio-Televisión Francesa, y el libreto de adaptación de la obra de Cervantes es de Salvador de Madariaga.

Henry Barraud ha expuesto a un periodista las circunstancias en que se decidió a hacer la partitura y como la ha llevado a cabo.

«En enero del pasado año, ha dicho, M. Maurice Lehmann resolvió, de acuerdo con el criterio de su comité de lectura, montar mi ópera. Numance ha sido escrito en tres años, entre 1947 y 1951. Pero hacía más de diez años que el tema me preocupaba, exactamente desde el día de 1936 en que Jean-Louis Barrault representó La tragedia de Numance, de Cervantes, en el Teatro Antoine.

«Durante años, persuadido de que, en el mundo moderno, el drama individual no tiene ninguna importancia con respecto al drama colectivo de un grupo, de una ciudad o de un pueblo, yo había buscado un tema que, haciendo abstracción del eterno conflicto amoroso de una pareja, fuese el poema de todo un pueblo en lucha con un destino trágico.

«...La traducción francesa de que yo disponía, por no conocer el español, gracias a Jean-Louis Barrault, que me había amablemente confiado el texto establecido para la representación teatral, no podía prestarse a una construcción lírica. En efecto, la obra de Cervantes es una obra prolífica, fluvial, que actúa en muchas direcciones. En cuanto a la traducción, me pareció que le faltaba nervio, color y pasión.

«Fué entonces, en 1947, en Londres, cuando encontré providencialmente al poeta español Salvador de Madariaga. Este escritor de gran sensibilidad, de inteligencia notable, poliglota eminente, acababa precisamente de adaptar para la B.B.C. La tragedia de Numancia en una versión muy limpia. Comprendió en seguida lo que yo deseaba, me confió su texto inglés para permitirme comenzar a trabajar y nos entregamos los dos a la tarea.

Preguntado si durante el trabajo habían surgido discrepancias entre él y Madariaga, Barraud contestó:

● Pasa a la página 15 ●



Jean-Louis Barrault y Simone Valère en una patética escena de «Volpone».

No quiere esto decir que no me parezca oportuno el que un escritor o un artista se inspire en un tema ya tratado, sino que considero ineludible la asimilación del problema por el nuevo autor y su exteriorización de forma personal.

«Volpone» fué escrita por Benjamín Jonson, el mejor dramaturgo inglés exceptuando a su contemporáneo Shakespeare. De esta obra el austriaco Stefan Zweig escribió una versión alemana, de la que Jules Romains ha hecho la adaptación francesa que nos ocupa y que fué estrenada en París en 1928. ¿Qué es lo que se ha conservado del original? No sé exactamente, pero es lo cierto que el conflicto y los personajes son bien de Jonson, y por ello casi me he indignado al enterarme de que en una edición de esta obra publicada en Francia, ya después de que el gran escritor Stefan Zweig se suicidase en el Brasil el 22 de febrero de 1942, no constaban como autores más que los dos continentales, y había sido excluido el isleño.

Esta comedia es de las que hacen amar el teatro a los neófitos y se ven siempre con agrado por los aficionados. El tipo de Volpone debió tener en la versión original, una mayor importancia. En ésta, aun girando toda la trama a su alrededor, no domina completamente el problema. Mosca, su aprendiz, o el usurero Corbaccio, sin estar tan bien perfilados, desarrollan un dinamismo al que el personaje central sir-

ve exclusivamente de pretexto. Seguramente ha debido mejorar mucho la comedia inicial en manos de hombres tan prestigiosos en el mundo de las letras como el académico francés y el gran biógrafo austriaco, pero sin duda ha debido menmar el vigor en el trazo de los personajes.

«Volpone» ha servido de base a miles de personajes de comedia, y en sus peripecias y vicisitudes han bebido autores de todas clases. ¿Quién no sabrá ver en algunos momentos de la representación una cierta similitud con la tesis de «Los intereses creados» de Benavente? ¿Y quién no recuerda haber visto en las tablas un personaje de esta índole, abúlico, vividor, astuto, mujeriego, bebedor y cinico? Volpone, haciéndose pasar por enfermo de gravedad, se aprovecha de la ambición de un notario, un prestamista y un comerciante, que le colman de regalos y dádivas con la esperanza de heredar la colosal fortuna del hampón. Este los engaña, se aprovecha de su mentecatez y además los desprecia, al verlos sujetos al dinero, esclavos de su ambición. Al descubrir que son burlados, se afanan en redondear las cosas, siempre con el objetivo de gozar de los favores del potentado sin escrúpulos.

El personaje central obedece a móviles más variados y resulta más simpático que sus víctimas. En él existe la satisfacción de engañarlos; el pla-

● Pasa a la página 15 ●

LA GUERRA GUARANITICA

Sin que sirva de excusa, es lo cierto que todos los pueblos, sin excepción, tienen en sus historias páginas comparables con las atroces que escribieron en América los españoles, pero ellos no han tenido como España, hombres del mismo temple que el padre Bartolomé de las Casas. Fuera y dentro de las actividades coloniales o policíacas, en los tiempos modernos, las naciones que iban en vanguardia, han realizado actos propios del salvaje más inhumano.

Debe tenerse en cuenta al enjuiciar una actuación, todas las circunstancias que rodearon al hecho. Es falaz juzgar al conquistador español de los siglos XVI y XVII con la mentalidad del académico del siglo XX. Los hombres actúan según la impulsión de determinados valores, y así como el rebelde no puede serlo más que después de adquirir el concepto de su dignidad personal y de la injusticia a que se le somete, sin que sea posible calificar de cobarde al sumiso que carece de esta percepción, tampoco puede juzgarse de forma inaplicable a unos hombres que obedecían a directivas muy distintas de las nuestras, y que se movían en un ambiente que ni el angustiado de la actual época atómica puede dar una idea.

La situación en que se encontró España al finalizar el siglo XV, completamente militarizada y con unas virtudes castrenses adquiridas en los 700 largos años que duró la Reconquista, la hacían de todo punto indispensable para realizar la epopeya americana. Todos los países europeos habían sobrepasado el período heroico de la Edad Media, cuando España se encontraba en su punto álgido. Se ha dicho que sin España, la historia americana se hubiese retrasado por lo menos de dos siglos.

Un boliviano, Ricardo Jaimes Freire, ha escrito: «De vez en cuando, una multitud de indios alocados se precipitaban en los pueblos pidiendo socorro. Los habitantes corrían a las armas y con gran celeridad acudían a la plaza al galope de sus caballos, y terminando de colocarse la coraza y el casco. Tratabase de un ataque inesperado de los indios insumisos que habían empezado por llevar la desolación y la ruina a un poblado vecino y que atacaban ahora la ciudad española. Entonces reaparecían los héroes que estaban conquistando el continente gracias a prodigios de valor que no han sido jamás igualados en la historia. Su número era tan pequeño que apenas se les distinguía entre sus enemigos. Las flechas llovían; repelidas por las armaduras caían casi todas al suelo; otras se clavaban en las cotas y en los cascos de cuero, erizando monstruosamente las grupas de los caballos y los cuerpos de los jinetes.

«Las armas de fuego eran pronto inútiles. Entonces, la lanza y la espada se metían en numerosos pechos desnudos. Los alaridos de los indios y los gritos de los españoles llenaban el espacio. A veces, la caída de un caballo atravesado de parte a parte, provocaba un clamor inmenso en los indígenas; se lanzaban sobre el soldado que se debatía bajo la bestia moribunda; le arrancaban sus armas, y, dejando el cuello desnudo, le metían su propio puñal y lo agitaban en la herida hasta separar la cabeza del tronco. Seguidamente, lanzando gritos de alegría, volvían al combate.

«Las mujeres, en la villa vecina, lloraban y rezaban. Horas y días pasaban sin que los guerreros volviesen. Los indios les cortaban la retirada. Era necesario combatir continuamente contra los nativos que se renovaban sin cesar; luchar todas las horas: en los claros del bosque, bajo los árboles, en terrenos pantanosos, en llanuras descubiertas y pedregosas, en medio de los ríos, a la luz del sol, en la obscuridad de la noche o en pálidos amaneceres más terribles todavía. Batirse, enfermos, hambrientos, desfigurados por el polvo, el sudor y la sangre; luchar cuando ya no podían apenas mover los brazos ni los pies, luchar hasta que los aborígenes, rodeados de montones de cadáveres, resbalando en los charcos de sangre, se retiraban ante el indómito valor y la energía sin límites de estos extraordinarios soldados.

«Entonces, los guerreros que no habían sucumbido podían volver al pueblo, heridos, muertos de fatiga. En la expedición habían colocado una nueva coraza sobre su corazón, en el que ya no entrarían ni la compasión ni la tolerancia; como las flechas de los indios al chocar con el hierro, también ellas caerían a sus pies.»



Se aventurado calificar de forma rotunda la actuación de los conquistadores españoles en América, y, sin embargo, escritores de todos los países lo han hecho, la mayor parte de ellos olvidando elementos esenciales sin los cuales no es posible, honradamente, emitir un juicio. Se han dejado de lado, unas veces las particularidades de los individuos, y otras, factores que, como el exacerbado sentido religioso, o las condiciones características del momento, les obligaron a actuar de una u otra forma. Abundan los que cargan las tintas en lo referente a la brutalidad y salvajismo de los españoles. Tienen casi siempre datos suficientes para que no sea posible contradecirlos. El padre Bartolomé de las Casas lleva la batuta en esta orquesta de la «leyenda negra» a la que también contribuyeron otros, clérigos y seglares, como el obispo de Popayan, Juan Valle; el bachiller Sánchez, los licenciados Quiroga y Marraquino, y Antonio Valdivieso.

No es posible negar que a veces las espadas españolas se hundían en la carne de los nativos «para probar el filo», pero es también innegable que se han exagerado muchos otros detalles sobre el trato inhumano, y que las cifras que se citan se apartan a menudo de la realidad, para acusar más claramente la brutalidad española.

Cuadro lleno de realismo a pesar de la fácil lírica a que se ha recurrido. Es cómodo para el hombre que pisa el asfalto ciudadano el zaherir a los conquistadores españoles, y sin embargo, el pesado tributo pagado en sangre y fatigas, bien merece una atenuante, sobre todo si se tiene en cuenta que la conquista de América es el mayor ejemplo que pueda presentarse de la eficacia que alcanza la iniciativa personal.

La casi totalidad de los capitanes eran analfabetos y no digamos nada de los soldados. Sin preparación cultural de ninguna clase, contaban únicamente con la fuerza de sus brazos, su audacia

que empezaron la lucha apenas sometidos.

Entre los muchos errores cometidos por el atolondramiento real, puede citarse la «guerra guaranítica» también llamada jesuítica, por la importancia considerable que en ella tuvo la actuación de los frailes.

En 1516, Díaz de Solís remonta el río Paraguay y sirve de alimento, así como 50 de sus compañeros, a los indios charruas. En 1534, Pedro de Mendoza funda el fuerte de la Asunción que se convertirá más tarde en la capital del

por

FRANCISCO FRAK

y decisión, y aquella valentía que les hacía considerar como cobardes a quienes se protegían de los proyectiles enemigos. Mientras en el Nuevo Continente, hombres salidos en su mayoría del pueblo ponían su vida continuamente en juego por la monarquía, en la Corte se despreciaba por completo el esfuerzo de estos paladines, se les despojaba hasta de los méritos contraídos y con la excesiva fiscalidad, se cortaba por completo todas las posibilidades de ejercitar un comercio o una industria.

La ignorancia en que estaba sumida la Corona de España respecto a los asuntos de América es casi inconcebible y se extendió desde el momento del descubrimiento hasta que salió el último soldado español de la isla de Cuba.

Las llamadas Leyes de Indias no fueron nunca llevadas a la práctica, y únicamente se cumplieron las decisiones reales que amontonaban unas sobre otras las injusticias, tanto sobre los conquistadores que ganaban provincias para el rey y almas para el Cristo, dejando casi siempre su vida en la empresa, como las que sacrificaban a los nativos. La suerte tan miserable a que fueron sometidos, hizo posible el nacimiento de una feroz energía para libertarse del yugo de la metrópoli, pudiendo decirse,

actual Paraguay. Irala, de 1542 a 1554, abre camino sin enfrentarse abiertamente con los indios guaraníes, que en muchas ocasiones prestan su ayuda a los españoles. Detrás de los hombres de espada siguen los religiosos. Franciscanos y dominicos, obtienen escaso éxito de proselitismo entre los distintos pueblos, de los que el más accesible y numeroso es el guaraní. Entraron entonces en escena los hijos de Ignacio de Loyola.

Felipe II concedió permiso a la Compañía en 1579 para evangelizar a los indios. A petición de Hernando Arias Saavedra, Felipe III les autorizó a pasar al Paraguay por una orden fechada el 30 de enero de 16-9, pero los jesuitas ya habían entrado a instancias del obispo fray Alonso Guerra, de la orden dominicana. Los primeros que llegaron a Asunción fueron Juan Solari, español, Tomás Fields, escocés — y según otros escritor irlandés — y Manuel Ortega, portugués, durante el año 1588, siendo gobernador Juan de Vera y Aragón.

Aparte de su despejado sentido práctico del que hicieron prueba en multitud de ocasiones, se valieron de la música para atraer a los nativos. Los sonidos armoniosos que los frailes arrancaban a instrumentos desconocidos, asombraron y encantaron a los in-

dios. Su innata inclinación musical, que les había hecho perfeccionar su lengua hasta convertirla en la más armoniosa de América — a pesar de que no disponían de escritura —, encontró con los jesuitas la ocasión de desarrollarse, y el prestigio que sacaron los frailes fue tan grande que consiguieron en varios decenios reunir hasta cerca de 150.000 indios en 30 reducciones: 8 en la orilla derecha del Paraná; 15 entre el Paraná y el Paraguay y 7 en la orilla izquierda del Paraguay.

Las reducciones eran aglomeraciones de casas alineadas geométricamente, en las que la vida entera giraba alrededor de la iglesia y de la rectoral de los jesuitas. Todos los habitantes estaban obligados a trabajar a partir de los cinco años de edad. La propiedad individual no existía al principio, pero luego los frailes repartieron algunas parcelas de tierra entre los nativos para que atendiesen a sus necesidades personales, debiendo entregar las cosechas al almacén central donde se les guardaba para que no las dilapidasen ni las cambiasen. El dinero no existía ni tampoco la herencia. A los recién casados se les entregaba una casa, y cuando alguien fallecía, todos los objetos a su servicio eran recobrados por los padres, que disponían de ellos. Los impedidos eran atendidos por la comunidad y gozaban de los mismos derechos que los que trabajaban. El especial trato de favor que tenían estas reducciones en lo referente a las contribuciones e impuestos, unido a la generalización del trabajo y a la sabia administración de los jesuitas, sirvió para que la «república» o «imperio» prosperase rápidamente.

Las reducciones se despertaban al son de las campanas y todos los habitantes asistían a los servicios religiosos. Seguidamente, y llevando delante una imagen, se trasladaban al lugar de trabajo en procesión y entonando cánticos. Después de rezar nuevamente, dejaban la imagen en un sitio recogido y se entregaban cuatro días por semana. Los frailes enseñaron a los nativos muchos oficios e incluso hicieron funcionar tres imprentas que trabajaron exclusivamente en lengua guaraní.

Las enconadas pasiones que siempre han despertado los jesuitas, no podían faltar en este asunto, y a propósito de tal organización se han enzarzado interminables polémicas entre partidarios y adversarios de la Compañía. Del estudio que estoy realizando sobre el tema, puedo ya desgajar, entre los múltiples datos contradictorios dos afirmaciones: 1º los jesuitas solventaron el problema de las necesidades materiales mejor que los nativos o colonizadores en cualquier otro punto de América, y 2º cerraron a los indios toda posibilidad de liberarse de su influencia.

Las necesidades físicas de los indios fueron cubiertas de la forma más completa, exigiendo de ellos un esfuerzo mínimo, pero les impidieron toda instrucción que hubiese desarrollado su individualidad. No les enseñaron el español, les prohibieron tener contacto con los europeos y practicaron una política tan racial que, en 150 años y con una población que alcanzó los 150.000 habitantes, no hubo ni un solo sacerdote de raza guaraní.

Madrid nombró gobernador del Río de la Plata a Luis Céspedes de Xerxa, quien contraviniendo a una disposición real, desembarcó en Río de Janeiro, donde se casó. Se dice que recibió presentes de las autoridades portuguesas para favorecer las incursiones de los paulistas. Eran éstos grupos heterogéneos de indios rebeldes y blancos perseguidos por la justicia, que vivían en la región de Sao Paulo, dedicándose al banditaje. Se les llamaba también mamelucos por los amplios pantalones que llevaban, al estilo de los usados por los turcos y que se han utilizado por toda la América del Sur, especialmente por los gauchos argentinos. Los paulistas asaltaron las poblaciones de Villa Rica del Espíritu Santo y Ciudad Real, de donde se llevaron 30.000 indios.

Los jesuitas organizaron un éxodo memorable, y, seguidos por los 12.000 indios que les quedaban, bajaron por el Paraná embarcados en 700 balsas que habían construido. Llegados los fugitivos al salto de Guairá, rompieron las embarcaciones y tuvieron que seguir por el bosque su doloroso viaje. Sostuvieron una epidemia de peste, deteniéndose

● Pasa a la página 14 ●



El río Paraguay a su paso por Asunción (grabado antiguo).

LA GUERRA GUARANITICA

LAS PRECURSORES

La nostalgia culinaria en la poesía emigrada española

En nuestro pasado número nos hemos referido al excelente libro del profesor Vicente Llorens, Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra (1823-1824), y hemos reproducido el capítulo referente a la « geografía de la emigración » de aquella época. En éste creemos de interés reproducir, a título de curiosidad, una poesía compuesta, en 1824, por el gran periodista y escritor José Joaquín de Mora cuando se encontraba emigrado en París. Hay ciertas nostalgias que a través de los años se repiten en algunos, con el mismo sentido aunque diferentemente expresadas. Dice así :

No quiero que mi mesa
francés artista cubra
de huecos pastelones
y pomposas frituras ;
ni de blandas pulpetas
y rellenas lechugas,
que los ojos halagan
y el apetito burlan.
Ni me placen las pollas
que espesa nata inunda.
ni el gazapo aplastado
a guisa de tortuga.
Quiero que un pavo enorme,
majestuoso, cubra
la mitad de la mesa
con su blanca pechuga.
Quiero ver a su lado,
como firmes columnas,
ternera de Vizcaya,
jamón de Extremadura.
Que un rojizo embuchado
de dimensión robusta,
vierta por todas partes
raudales de gordura.
Ni quiero que me sirva
la trigueña Maruja
Oporto que es Campeche,
Champaña que es espuma :
sino de aquel dorado
mosto que da San Lúcar,
o el que hierve en el seno
de las manchegas cubas.

• Viene de la página 13 •

dose el tiempo necesario para plantar y recolectar las vituallas necesarias para la prosecución del viaje. En conmemoración de estos hechos que han sido relatados por el padre Montoya, el gobernador Martín López de Valderrama fundó la Nueva Guairá o Villa Rica en 1635. Muchos escritores católicos han descrito esta « Huida » y el poeta inglés Southey la celebra en su pequeño poema « A tale of Paraguay ».

No cesaron los portugueses sus correrías desde las instalaciones que tenían en el Brasil, y, con objeto de favorecer su comercio con Chile, el Perú, Buenos Aires y otras provincias del Río de la Plata, fundaron en 1680 la Colonia del Sacramento, enclavada en terreno reconocido como propiedad del rey de España, al mismo tiempo que procuraban en el aspecto político, adquirir la amistad de la monarquía, apoyados eficazmente por Inglaterra, deseosa de favorecer sus propios intereses en el mar Caribe. Francia, por su parte, también tenía los mismos objetivos.

Lusitanos y británicos obtuvieron ganancia de causa, gracias a una de las más criminales estupideces con que los autócratas españoles han llenado la historia. Intervino activamente en la decisión el embajador inglés en Lisboa, Keene. Con las intrigas del duque de Huéscar y del conde de Valparaíso, el rey de España nombró ministro de Estado al embajador británico en Madrid, Richard Wall, quien preparó el tratado que se firmó el 13 de enero de 1750, gracias a la debilidad de Fernando VI que no supo resistir la influencia decisiva de su mujer, Bárbara de Braganza, hija del rey de Portugal Juan V. Por dicho tratado, a cambio de la Colonia del Sacramento, se ordenaba que « de la margen oriental del río Paraguay saldrán los misioneros con sus muebles y efectos llevándose a los indios para poblar otras tierras de España. Los referidos indios podrán llevar también muebles, bienes, semi-bienes (ganados), y las armas, pólvora y municiones que tengan, en cuya forma se entregarán los pueblos a la colonia de Portugal, con todas sus casas, iglesias y edificios, y la propiedad y posesión del terreno ».

El documento, firmado contra todo sentido común, privaba de sus hogares a 30.000 indios. El padre Ignacio Visconti, a la sazón general de la Compañía de Jesús, envió como visitador al padre Altamirano con la orden « de someterse a lo inevitable y de llevar a los indios a la obediencia ». La difícil situación de los jesuitas en Europa, donde contaban con poderosos enemigos, les obligaba a ser prudentes y a no despertar la cólera del Rey de España, pero ante la enorme pérdida que iban a sufrir, los frailes del Paraguay organizaron la resistencia a pesar de la orden superior. Este conflicto de la obediencia es uno de los más trágicos en que ha podido encontrarse un religioso y sobre todo un jesuita que, según notas dictadas poco antes de su muerte por Ignacio de Loyola al padre Viti, el jesuita « debe someterse a las órdenes del superior incluso cuando la orden parezca implicar un pecado, si no es evidente. Hay que dejar de lado el propio juicio y someterse a la opinión de dos o tres personas autorizadas ». En el capítulo VI de las « Constituciones » escribió el Fundador « convenzámonos que todo es justo cuando el superior lo ordena » y más adelante dice que el jesuita debe ser « como un cadáver que se deja mover y manejar en todas direcciones, o bien, como un bastón que sirve en todas partes y para todo a quien lo tiene en la mano ».

El primer movimiento de rebeldía tuvo lugar en 1751, pero la guerra guaranítica no empezó hasta 1754. En este tiempo, los indios se prepararon concienzudamente; faltos de metales construyeron cañones con madera de urundi y tayibo y los reforzaron con tiras de cuero de toro.

El jefe de los indígenas fué el padre Tadeo J. Hennis, jesuita alemán, al que servía de lugarteniente el « corregidor » de la reducción San Miguel, José Tirayu, alias « Sepé ». En el bando contrario los portugueses eran mandados por el general Gomes Freyre di Andrade y los españoles por el gobernador de Montevideo, Joaquín de Viana, y por el de Buenos Aires, José Andoanegui, los cuales recibían órdenes del comisario del rey, marqués de Valdelirios.

Los guaraníes, disponiendo de dos cañones y viendo los preparativos de los portugueses, atacaron la fortaleza de « Jesús-María », fracasaron en el asalto,

la coparon, y los sitiados, faltos de víveres, consiguieron retirarse por sorpresa. Atacaron seguidamente una fortificación cerca del río Verde (río Pardo para los lusitanos y en el combate fué hecho prisionero el indio « Sepé ». Los portugueses, creyendo que los españoles no habían iniciado las operaciones militares firmaron un armisticio por medio de su jefe, el general Gomes Freyre y por parte de los nativos Cristóbal Acatu, Bartolomé Candiu, Santiago Pindón, etc.

José Tirayu fué puesto en libertad, según unos historiadores, como condición del armisticio, y, según, otros, para ver si se conseguía « por las buenas » que se sometiese, cosa que no hacía por la fuerza. En el diario de campaña del padre Hennis, se dice simplemente que se escapó.

En un informe de Freyre de Andrade se afirma que la táctica de los guaraníes « era tal, que si no les había sido dictada directamente por los jesuitas, habría que pensar que en lugar de la doctrina cristiana, les habían enseñado el arte militar ».

Las operaciones se paralizaron hasta principios de 1756 en que los europeos dieron el asalto definitivo. Los naturales se batieron con bravura, defendiendo tesoneramente cada puesto estratégico y acosando sin descanso a los asaltantes. « Sepé » consiguió copar un destacamento de 16 españoles de los que no se salvó ni uno y poco después hizo lo mismo con otro de 20, muriendo en uno de los combates que siguieron, y siendo sustituido en el mando directo por Nicolás Manguirú, quien con su habilidad táctica y valor personal, alcanzó gran prestigio en muy poco tiempo, y ha sido elevado a la categoría de héroe de leyenda. La guerra puede decirse que terminó con el combate de Caaybaté donde murieron 1.200 indios (según B. Capdevielle); 2.500 (según Clovis Lugón); y únicamente 600 (según el diario del padre Hennis). Este último da la cifra de 150 prisioneros por 127 que cita Lugón.

Los españoles, que habían combatido en el suelo americano hasta uno contra 200, eran más numerosos esta vez, pues frente a sus 3.000 hombres se encontraban solamente 1.300 indios.

El uruguayo señor La Sota, cuenta que Andoanegui transmitió a Joaquín de Viana la orden de pasar a cuchillo a todos los indios de más de doce años. Esto parece muy improbable porque precisamente Andoanegui no deseaba que el tratado se llevase a efecto por considerarlo contrario a los intereses españoles, mereciendo por ello las diatribas de Freyre di Andrade. La batalla tuvo lugar el 10 de febrero de 1756 y todavía fueron necesarios varios meses para conseguir la pacificación total del territorio.

La guerra guaranítica es una de las más inútiles que registra la historia. Los indios practicaron la táctica de la tierra quemada y sólo dejaron tras ellos las ruinas. En el incendio de los pueblos se tuvo cuidado de proteger las iglesias. Tres años más tarde, Portugal expulsaba a los jesuitas de sus dominios ; en 1762, Francia le imitaba.

Casi todos los detalles que se conocen de esta contienda se deben a los papeles que se recogieron de los padres Barrena, Altamirano, Machoni y especialmente Tadeo J. Hennis, el jefe militar. El confesor de Fernando VI, el jesuita Rábago, no pudo impedir la catástrofe. El marqués de Valdelirios entregó toda la documentación al presbítero Bernardo Ibáñez de Echavarrí, que se sirvió para componer su libro « Reino jesuítico del Paraguay », el cual tuvo una gran influencia en la decisión de Carlos III al firmar el 27 de febrero de 1767 el decreto de expulsión de los jesuitas, medida por la que había batallado incesantemente el conde de Aranda.

La inutilidad del tratado que fué la causa de la guerra, quedó todavía más patente a la muerte de Fernando VI, en 1761, pues su hermano Carlos lo anuló apenas ascendió al Trono.

Las 30 reducciones donde 78 jesuitas mandaban todavía a 100.000 indios fueron terminadas de ocupar el 22 de agosto de 1768. Al mismo tiempo los padres eran expulsados de Parma, Nápoles y Malta y cinco años más tarde, el 21 de julio de 1773, el papa Clemente XIV, suprimió la Compañía.

Francisco FRAK.



Goya : Los zancos.

LA VERDADERA ESPAÑA

• Viene de la primera página •

se lo menciona ni por cortesía. El concepto actual de la unidad nacional sólo se populariza con la invasión napoleónica, que se llamó de modo elocuente « guerra de independencia ». Es la primera vez en que todos los pueblos de la Península obran de común acuerdo y por una causa común. La confusión viene de mirar las cosas pasadas a la luz de las nociones recientes.

Durante los dos siglos de la dinastía de los Austrias — aunque por sesenta años toda la Península estuvo reunida bajo un cetro — no hubo una España en el sentido jurídico que hoy entendemos. Aquel amasijo de pueblos contaba, en el interior, con Castilla, Aragón, Portugal, Navarra etc.; y en el exterior, con Flandes, Holanda, Zelanda, Sicilia, Nápoles, Milán, el Franco Condado, etc. ¿Qué decadencia puede significar para lo hispánico el que le fueran arrancando miembros tan artificial y violentamente atados? ¿Es que se piensa solamente en las colonias unidas bajo el poder de un monarca? Pues entonces habría que añadir al monstruo político los nombres de Alemania, bajo Carlos V, e Inglaterra,

durante los breves años que Felipe II fué rey consorte. Y en cambio, nadie repara en los accesos de Valencia, Aragón, Cataluña, por lo mismo que siguen formando parte del Estado español. Esta cuenta de partidas y contrapartidas es tan complicada como inútil para el entendimiento de lo hispano. Bajo Felipe II, por ejemplo, España « pierde » las Provincias Unidas, pero « adquiere » Portugal. Siguen las pérdidas bajo los otros dos Felipes, no sólo en Europa y en América, sino en la misma Península, como Portugal. Los desmedros territoriales continúan bajo Carlos II. Y por igual tenor se acostumbra seguir contando las pérdidas personales de los príncipes como si fueran otras tantas pérdidas para España: las de Felipe V por la Paz de Utrecht, y aun las recientes de Asia y América que, a la luz del derecho internacional, son completamente distintas.

Pero esta España adiposa y envenenada por cuerpos extraños, o por gérmenes que ya merecían la vida autónoma; esta España de los poderíos imperiales, sujeta a todas las vicisitudes casuales de los cuerpos colectivos, no es la nuestra, ni es de la que trata Waldo Frank. La nuestra no es ese cuerpo provisional, sino aquella alma perenne, la que encierra todavía fuerzas virginales: The Soul of Spain, como ya decía Havelock Ellis, uno de los pocos que se acercaron a ella con simpatía e inteligencia, y quien — dejando aparte sus títulos en las disciplinas psicológicas — se planta así en la tradición de Borrow y de Théophile Gautier y viene a ser un precursor fortuito de Virgin Spain.

En EE. UU. es ilustre la tradición de los amigos de España y de lo hispano. tradición que puede resumirse en Prescott y en Washington Irving, quienes encuentran su contrafigura en don Juan Valera. Miguel de Unamuno, que entre sus recuerdos infantiles conservaba muy vivo el de cierto álbum con fotografías de los creadores de América, donde aparecían lado a lado Abraham Lincoln y Benito Juárez, solía decirme: « Si yo fuera joven, me iría a América ». No pensaba Goethe de otro modo y lo realizó simbólicamente a través de su Wilhelm Meister. Y si Unamuno hubiese sobrevivido, seguramente que a estas horas lo tendríamos ya en estas tierras, donde ahora se expande el alma de España.

ALFONSO REYES.



Expresivo dibujo de Daumier presentado en una reciente exposición conmemorativa.

BREVES

* Según su costumbre, la « Bibliographie de la France » ha publicado las cifras correspondientes a la edición francesa durante el año 1954. En lo referente a las traducciones publicadas, han aparecido durante dicho período: 321 inglesas, 321 norteamericanas, 163 alemanas, 61 italianas, 43 rusas y 32 españolas. Estas últimas son principalmente de autores hispanoamericanos.

* Se ha dado a conocer la lista de las campañas teatrales que acudirán al concurso internacional de teatro organizado por el Ayuntamiento de París este año. Figuran compañías de casi todos los países. Una compañía española representará « Las mocedades del Cid », de Guillén de Castro. Se cubrirá de nuevo de ridículo al teatro español, como el pasado año con la representación de « La vida es sueño ».

* El Premio « Ciudad de Barcelona 1953 » le ha sido concedido a Juan Peruchó por su obra « El Medium ».

* El premio de novela « Onda », de setenta y cinco mil pesetas, creado por la Sociedad Española de Radio-difusión, ha sido concedido al novelista Enrique Nacher, por su novela « Tierra ardiente ». Enrique Nacher ejerce la medicina en Valencia, y ha sido más de una vez finalista del premio « Nadal ». El Jurado, en el cual figuraban Dámaso Alonso y Carmen Laforet, creó un segundo premio, de 30.000 pesetas, para la novela « A Instancia de parte », presentada por Mercedes Formica.

* « Bibliografía Hispánica » de enero de 1955 inserta la estadística de las obras publicadas en España durante el año 1954. Repartidas por materias se han editado: 323 de obras generales; 95 de filosofía; 286 de religión; 555 de ciencias sociales y derecho; 60 de filología; 127 de ciencias puras; 368 de ciencias aplicadas; 281 de Bellas Artes; 2.138 de literatura; 438 de historia y geografía. 1.787 obras han sido editadas en Madrid, 1640 en Barcelona, 111 en Valencia, 95 en Bilbao, 67 en Vigo y el resto en distintas ciudades españolas. Se han traducido 330 obras anglosajonas, 170 francesas, 149 alemanas, 63 italianas, 21 rusas, 16 semitas, etc.

* « La Vanguardia » ha publicado unas declaraciones del doctor Marañón contra las oposiciones, los exámenes y los libros de texto, los cuales — como es notorio — sirven hoy de amparo a toda suerte de especuladores.

* So pretexto de presentar a Felipe II como un hombre cruel y vengativo, Franco ha ordenado la destrucción de las copias de « The Lady » (La princesa de Eboli), película de la « 20th Century Fox », cuya proyección había sido autorizada por la censura...

« LES DIABOLIQUES »

• Viene de la página 12 •

roza el sadismo, deleitándose en las circunstancias del asesinato. Pero la partida está ganada. A partir de ese momento el público sigue subyugado la trama. Lo más difícil, que era la admisión por el espectador de determinada premisa, está conseguido y el triunfo de la película asegurado. Con mano maestra, Clouzot nos proporciona unos cuantos efectos insospechados que hacen crecer la angustia hasta el paroxismo, sin conceder un momento de respiro.

Personalmente, nos ha parecido, desde el punto de vista exclusivamente cinematográfico, superior esa primera parte a la segunda. Hay en ella un calor humano que está ausente de la otra. Los personajes, al ganar en patetismo, al ser dominados exclusivamente por el medio, se alejan de ese estado que podríamos llamar normal en los humanos, en el que se entrecruzan las más variadas pasiones y deseos. La diferencia entre estas dos partes del film se nota menos por ese conjunto de imprevistos que echan por tierra las suposiciones y obligan al espectador a empezar de nuevo. Ya bien avanzada la banda, toma un aspecto rocambolesco, con puertas que crujen, goznes que chirrían, luces que pestañean, máquinas de escribir que alborotan en la noche, pasos silenciosos, una mano enguantada, una sombra misteriosa, un reguero de luz en el pasillo solitario, como si el director se permitiera una fantasía burlesca, precisamente por la reunión en muy pocos metros de la casi totalidad de efectos clásicos en las películas de misterio.

En definitiva, una obra excepcional que depende de las escenas finales, sin las cuales quedaría insustancial en lo referente al fondo del problema, aunque hubiese que seguir admirando el artesanado del film.

La fotografía en blanco y negro es buena. Hasta creemos que la fuerza enloquecedora del rollo, el sortilegio con que se despiertan las más recónditas sensaciones, le debe una buena parte, lo que no sucede en las películas en colores, probablemente porque la fachada, lo exclusivamente vistoso, juzga el interés profundo del argumento, o bien, a que no nos ha sido dado el contemplar una obra en colores que pueda compararse en posibilidades emotivas con las mejores que recordamos en blanco y negro.

El equipo técnico cumple con discreción su cometido, y la interpretación es muy buena: sobria y firme por parte de Simone Signoret; más elástica y variada, más emocionante también pero menos segura por Vera Clouzot; característica y convincente por Charles Vanel, y discreta y ajustada por Paul Meurisse. Los demás no desentonan.

Federico AZORIN.

« VOLPONE »

• Viene de la página 12 •

cer de verlos sufrir, dispuestos a destrozarse mutuamente en sus disputas sobre la herencia; la vanidad de ser más inteligente que ellos; y el amor al riesgo que le hace exponer su vida y su fortuna por el gusto de verlos enfrentarse.

Mosca, su ayudante, sigue las instrucciones del maestro y al fin consigue timarlo, a él, que había estafado tantas veces y con tanto provecho.

Resultan muy graciosas las peripecias para conseguir que el mayor celoso de Venecia ofrezca su mujer a cambio de ser nombrado heredero; o que el usurero más aprovechado de la ciudad desherede a su hijo, para obtener la amistad de Volpone.

Si la trama resulta divertida y la obra interesante, se debe en gran parte al extraordinario trabajo de la compañía Barrault-Renaud. Ha sido necesaria una intensa labor de acoplamiento, y un estudio detalladísimo de la obra para llegar a tal perfección interpretativa. Jean-Louis Barrault, que tiene además de un profundo conocimiento de la profesión, una aguda sensibilidad y una vocación innegable, estudia todas las obras con minuciosa escrupulosidad. Nada es dejado al azar. Todos los gestos y entonaciones, y especialmente la colocación de los actores y sus movimientos en escena, son un modelo de exactitud. Aunque en la interpretación no destacase nadie, haría falta cerrar los ojos y los oídos para no apreciar la singular calidad del trabajo de esta compañía. El peligro se encuentra en la creación de un automatismo en los intérpretes a la menor distracción, pero todavía están muy lejos de caer en el amaneramiento o en una labor artística exenta de valor humano.

Por otra parte, en estas obras de escasa trascendencia intelectual o pasional, no es tan indispensable la entrega total del actor a su personaje y además, Jean-Louis Barrault no deja escapar una ocasión para humanizar la representación con esos toques llenos de humor, naturalidad y discreción que provocan la sonrisa.

La obra está magníficamente presentada, con decorados

sencillos, estilizados y elegantes, los trajes son de muy buen gusto, llamativos y bien hechos, y de la excelente interpretación se puede destacar a Jean Desailly, auténtico animador de la obra, matizando todas sus intervenciones y usando con habilidad el tono persuasivo; Fernand Ledoux, que dió muestra de su eclecticismo en una interpretación difícil; Jean-Louis Barrault que animó el papel del usurero de forma muy personal, y aunque se permitió algunas fantasías, fueron todas del mejor gusto; Beauchamp, que hizo pruebas de su gracia peculiar, etc. Simone Valère, interpretó la prostituta de forma aristocrática, muy diferente a la que nos tienen acostumbrados en el cine, en el teatro y en la vida.

F. F.

« NUMANCIA »

• Viene de la página 12 •

« Prácticamente ninguna a consecuencia de la finura, del espíritu selecto del poeta que sentía, por instinto, cómo las exigencias musicales se imponen en el teatro lírico. Si yo deseaba en un momento determinado del drama, una expansión, una tensión coloreada, más allá una respiración, un descanso, como en el ritmo profundo de las oposiciones de un gran fresco sinfónico, Salvador de Madariaga se entregaba a satisfacerme. Debo decir que raramente quizá, la colaboración, en el sentido íntimo del término, ha sido más eficaz y más estrecha. »

Numance será montada con la formidable y fastuosa escenografía que es costumbre en la Opera de París. Valdrá la pena asistir a su representación.

L. DE LA V.

F. Cossío del Pomar

TODOS los estudios de literatura que sirven de guía para el conocimiento de las corrientes artísticas, nos han mostrado un Aretino aventurero, disoluto, irrespetuoso, procaz, que de la vida, sus actos y consecuencias hacía motivo para dar rienda suelta a su lengua y su pluma. Mendaz, taurino y emprendedor de pendencias, tal ha sido el ejemplar histórico que la historia ha reservado.

Felipe Cossío del Pomar que, como pintor alcanzó merecido prestigio en Europa y América, es también conocido por sus obras sobre historia del arte, elogiosamente juzgadas por el novedoso enfoque de los problemas tratados. Su «Vida de Pablo Gauguin», «Pintura Colonial», «La Rebelión de los Artistas» y últimamente «Arte del Perú Precolombino» y «Cusco Imperial» le han colocado entre los escritores de mayor prestigio y seriedad profesional al tratar problemas del arte.

Poseedor de una vastísima cultura universitaria y adquirida en los museos de Europa, ha tenido oportunidad de convertirse en centro de dos épocas artísticas con leyes y procedimientos, conceptos y perspectivas propios. Ahora nos presenta la biografía de Pedro Aretino, quizá la primera que se publica en español, personaje romántico, no con ropaje, sino con un alma nueva, completamente distinta a la que nos legó el pasado. A través de esta vida del Aretino vemos las grandezas del Renacimiento en el período de su decadencia, donde hombres desde los planos más inferiores a los superiores de la sociedad tenían del arte un concepto de religión imprecisa y de recreación; de admiración hacia el ingenio y de homenaje al artífice que nació bajo la estrella de la inspiración, que todo lo idealizaba y diluía en obra de arte.

Cossío del Pomar reivindica a este hombre, «azote de príncipes» que ha podido mantener durante una época vivo el fuego de la inspiración y de la belleza, que tendía a apagarse entre las envidias de los grandes campanudos, luchas sangrientas entre príncipes, duques, papas y emperadores, ladrones de postín y asaltantes de banca y cuchillo. Aretino, producto de su medio, a fuerza de voluntad y de confianza sin paralelo, se abrió camino entre la marejada de corrupción de arriba hacia abajo, de fausto y magnificencia insolente, de depravaciones, hasta encontrarse con el gran descubrimiento del arte por medio de la palabra, del dibujo y el claroscuro, el movimiento y la perspectiva que es ritmo y armonía, música y sentimiento. Y este hombre que pasó a través de los siglos como un villano y chantajista de marca mayor, ha sido capaz de actos de generosidad y de sentimientos humanitarios. Con los pecados de su tiempo y las virtudes de su tiempo. Cossío del Pomar nos enfrenta el Aretino en una exuberante personalidad que, con el Ticiano y Sansovino, mantienen por muchos años en alto el arte de aquella Italia donde fueron grandes al infinito Leonardo, Miguel Ángel y Rafael, y donde los poderosos rivalizaban por adquirir la obra de tan magníficos artífices.

Aretino, aprendiz de pintor, jamás pudo olvidarse de su incapacidad para competir con los maestros de su tiempo. Sin

por CAMPIO CARPIO

embargo, fué el primer crítico de arte que, conscientemente, sabía encontrar los defectos de la obra terminada o descubrir los secretos ocultos al ojo profano, y recomendar a los jefes de la política y de la Iglesia aquellos artistas y obras que pasaron a la posteridad. Porque, si como panfletero, papas, emperadores y príncipes le temían y trataban de ayudarlo con suculentos presentes y pensiones para no verse envueltos en las funestas preocupaciones de su fértil imaginación, que todo lo vela, observaba y comprendía, finalmente todo lo ha consagrado al arte. Por el arte y la belleza, que alimentaron su espíritu durante los mejores años de su vida, hasta justificó su presencia en este mundo.

Su correspondencia, llena de agudas sutilezas, de salidas inesperadas y de conceptos revolucionarios para su época, nos muestra al hombre producto de su tiempo, envuelto entre luchas religiosas que dieron lugar a la Contrarreforma, de ambiciones políticas que luego modificaron el panorama de Europa y a los hombres que del arte hicieron profesión y religión por la belleza misma. Que todo lo concebían con sentido artístico, aun en el deplorable sentido que lo entendía Benvenuto Cellini, asesino para observar las contorsiones y convulsiones de la víctima. Aretino, con el Ticiano y Sansovino asistieron a los funerales de tanta grandeza, a través de cuyos caminos perfumados nos lleva de la mano este mago de la palabra escrita que es el pintor Felipe Cossío del Pomar.



Redacción y Administración : 24, Rue Sainte-Marthe, PARIS (X*)

Tel. : BOTzaris 22-02

EL ESTADO ABSOLUTISTA

EN LA DECADENCIA DE ESPAÑA



El despotismo victorioso de la Edad Media no se conformó con privar a España, por la expulsión de moros y judíos, de sus mejores artesanos y agricultores. La represión brutal de las libertades municipales aceleró la decadencia y la ruina económica del país.

Deslumbrada por la ola de oro que llegaba del Perú y de Méjico, la monarquía no atribuyó valor alguno al desarrollo y a la conservación de la industria.

Según datos de Fernando Garrido (1) había a comienzos del siglo XVI en Andalucía 16.000 telares para la seda que ocupaban a 130.000 obreros. A fines del siglo XVII no quedaban más que 300 telares en movimiento.

« No sabemos — dice Garrido — cuántos telares había a fines del siglo XVI en Toledo, pero se tejían allí 435.000 libras de seda al año y se daba ocupación a 38.484 personas. A fines del siglo XVII esta industria había desaparecido completamente. En Segovia había a fines del siglo XVI unos 6.000 telares de paño, el cual pasaba por el mejor de Europa. A comienzos del siglo XVIII esta industria había descendido hasta el punto de que se trajeron obreros forasteros para enseñar a los segovianos el tejido y el tinte de los paños. »

Y Práxedes Zancada informa sobre el mismo período :

« En el año 1655 desaparecieron de España diecisiete gremios ; junto con ellos las manufacturas de las industrias del hierro, el cobre, el zinc, el plomo, el azufre y otras... »

Es verdad que Carlos V había tratado de estimular la industria de la seda y de la lana mediante prohibiciones de importación y prescripciones productivas, pero sus sucesores no comprendieron nada de eso. La posición de predominio que se había conquistado España, le

proporcionó asimismo el primer puesto en el comercio mundial, pero no desempeñaba más papel que el de intermediario, que aseguraba las relaciones entre los países industriales y los compradores de sus productos. Ni a las propias colonias les estaba permitido,

ros desposeídos y sirvió sobre todo de pastizales para las ovejas. De ese modo retrocedió cada vez más el cultivo de cereales, y, no obstante la rica introducción de metales preciosos de América, cayó la población en la más profunda miseria.

por

Rodolfo Rocker

sin intervención de la metrópoli, mantener relaciones comerciales entre sí.

A esto se añade la nefasta política agraria del Estado absolutista, que había librado a la nobleza y al clero de los impuestos, de manera que todas las cargas eran sufragadas por los pequeños campesinos. Los grandes terratenientes se agruparon en la llamada Mesta, asociación que procedía regularmente al despojo de los labriegos y que obtuvo del gobierno increíbles privilegios. Bajo la dominación de los árabes había en Andalucía una clase de pequeños campesinos y el país era de los más fértiles de Europa. Pero se llegó al extremo de que la tierra de provincias enteras cayó en manos de media docena de grandes terratenientes, fué cultivada primitivamente por jornaleros.

Las guerras ininterrumpidas devoraron sumas gigantescas, y, después de la independencia de Holanda y la destrucción de la armada (1588) por los ingleses y los holandeses, quedó quebrantado el poder marítimo de España y su monopolio del comercio mundial pasó a sus vencedores. El país estaba tan terriblemente agotado que ya no fué capaz de resurgir. Su industria conoció el aniquilamiento, las tierras se convirtieron en yermos y la gran mayoría de los habitantes vivía en una espantosa miseria bajo la tutela de la Iglesia, cuyos representantes eran tan numerosos que componían en 1700 casi la trigésima parte de la población total y consumía la savia del pueblo.

Desde 1500 a 1700, el país había perdido alrededor de la mitad de la población. Cuando Felipe II se hizo cargo de la herencia de su padre, pasaba España por el país más rico de Europa, aunque ya llevaba en su seno el germen de la decadencia. Al final del largo y negro período de gobierno de este déspota, apenas era España una sombra de su pasada grandeza. Para cubrir el enorme déficit del presupuesto, Felipe II introdujo la malhadada alcabala, es decir, un impuesto que comprometía a cada habitante a entregar al Estado el diez por ciento de cada transacción. Se llegó así a la más completa descomposición y todos los esfuerzos que, para poner dique al mal, pudieron acometer los soberanos posteriores, resultaron, aunque aquí o allá significaran triunfos pasajeros, totalmente estériles. Las consecuencias catastróficas del absolutismo han perdurado a través de los siglos y todavía hoy pueden comprobarse en España.

(1) Fernando Garrido : La España contemporánea. Barcelona 1868.

Le directeur-gérant : F. Gómez

Société Parisienne d'Impressions
4, rue Saulnier, PARIS (IX*)

EL CIELO IBERICO

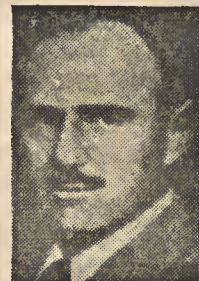
YO no he visto nunca un cielo tan lejos de mi cabeza, ni he contemplado jamás un mundo tan claramente definido. El cielo me empuja hacia un reino de ensueño, pero en la quietud de mi visión aún me siento amarrado a este mundo tan expresivo.

Las ovejas balan en una onda de polvo denso, de polvo claro como el cristal, de polvo que se riza y se arremolina, que resopla y derriba. Las ovejas son masas sólidas de una tempestad. En cada una un remolino blanco sobre cuatro patas, sobre cuatro tallos de membrudos huesos que tiran de él...

Y he aquí un hombre. Un hombre de cuerpo recio, de manos crustáceas, de faz vigorosa. Sobre el cráneo escueto se estira la piel porosa cubierta de pelos hirsutos y de polvo que se apela con el sudor. El humo de su cigarro se abre paso, ascendiendo a través del aire. Detrás de sus hombros, un pueblo lejano y ruinoso descansa sobre la joroba de una colina, y entre las tapias de una capilla derruida se alza una higuera. ¡ Recia España ! ¡ Tierra rugosa y aburujada, tierra de surcos ! Un agua blancuzca gotea en la roja arcilla de una quebradura, y hay flores, moradas como jirones de aurora.

En todas partes, el cielo ; un cielo alto y remoto, pero en todas partes. La lejanía de una fuerza que levanta las cosas rotas de España como una gran danza que va hacia Dios. El polvo, las pezuñas de las cabras, la ceniza del cigarro, las huellas del cayado del pastor, el chasquido de la honda de los zagales, las pisadas cautelosas de los perros... Todo se alza en esta distinta claridad, atraído por el cielo lejano.

UNA CUARTILLA DE WALDO FRANK



(1) Aretino, azote de Príncipes. F. Cossío del Pomar, Ed. Cuadernos Americanos. Méjico.